

# ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

AÑO II — TOMO III

MONTevideo, NOVIEMBRE 5 DE 1882

NÚMERO 18

## El "Machiavelli" de Pascual Villari

(TRADUCIDO DEL ITALIANO POR PABLO A. Y DIEZ)

Con el tercer volumen que acaba de aparecer se completa esta obra que tanto honor hace á los estudios históricos italianos. No nos es posible, ni aun á grandes rasgos, recapitular aquí el contenido de los dos primeros volúmenes. Bastará, pues, decir del segundo, que con él el cuadro histórico se extiende hasta los primordios del Pontificado de Leon X y la biografía de Maquiavelo hasta el 1515, doce años antes de su muerte. Son los años de su peor infortunio, pero tambien son los años de su mayor actividad literaria, á los cuales debemos las obras maestras de su génio. Exhonerado de su cargo, confinado, complicado, aunque inocente en la conjuración de Boscoli y de Capponi en contra de los Médici, encerrado en la cárcel, torturado, luego obligado á refugiarse otra vez en una pequeña quinta de su propiedad y á vivir allí aislado y alejado de todo trato de amigos y de asuntos públicos, Maquiavelo se debate penosamente entre las angustias de la miseria y el sinsabor desesperado que lo causan el olvido de todos, la inercia forzada á que está condenado y esa fiebre indomable de negocios y de movimiento, que se habia vuelto en él una segunda naturaleza. Á tal privación de toda vida exterior corresponde multiplicada la intensidad de su pensamiento; y mientras á la espera de que se agote tanta malignidad de fortuna, pasa el dia en la taberna con gente de la más baja ralea jugando y disputando por un cónfino á gritos que se oian á tres millas de distancia; por la noche, cuando vuelve á su escritorio, se pone vestidos curiales, busca los libros, conversa con los hombres de la antigüedad y se compenetra enteramente en ellos. Así es que en 1513 el *Príncipe* estaba ya compuesto y acabado, y en el mismo año habia puesto mano á los *Discursos sobre las*

*Décadas*, á los cuales se dedicó tambien muchos años despues, dejándolos incompletos. Villari ha demostrado que esas dos obras son el desenvolvimiento de un concepto único. Dadas las condiciones políticas y morales de aquel tiempo, encontrar un arte de estado que tenga vida propia y lleve tiránicamente los desatados y adversos, elementos que desorganizan la Italia, á una unidad formidable, en la cual todo coeficiente moral, artístico ó religioso, puede muy bien mantenerse extraño, pero nó contrariarla, porque el estado es la patria; concepto estrictamente pagano, expresion la más sincera del Renacimiento.

¿Pero con qué objeto Maquiavelo fantasea sobre su solicitud ó inventa tantos medios de política, si nadie se ocupa de él, si nadie le busca, si nadie se dá por entendido de sus consejos? No obstante, nombrado Papa Leon X, tambien Maquiavelo participó de las esperanzas y de las ilusiones de tantos otros. En el principio del tercer volumen Villari vuelve atrás de algunos años y pinta á grandes rasgos el carácter y las costumbres de Leon X y de su córte, espléndida en apariencia, muy mediocre en realidad; un diletantismo político, literario, artístico, que se resuelve en vanas intrigas, en chanzas atolondradas, nó sin alguna sombra tétra y sangrienta á lo Borgia. En el momento en que Francia y España contienden de su respectiva supremacía y nó en Italia solamente; en el momento en que empieza la terrible agitacion Protestante, Leon X, únicamente cuidadoso de intereses personales ó de familia, se mete con ardor en mil embrollas, muda alianzas á cada instante, se atrae la desconfianza de todos, anhela la posesion de muchas ciudades y no las consigue, ó bien, no las puede conservar largo tiempo; luego, cuando la muerte lo libra de los parientes más cercanos, por cuyo cariño habia andado siempre en busca de principados y de reinos, se balancea entre Francisco I y Cárlos V y se dá los aires de querer oponer el uno al otro para arrojar á ambos de Italia, pero en sustancia, por avidéz y ambiciones personales propias; nó por otro propósito elevado y firme. En las oscilaciones y ambigüedades de esa política mezquina tenia fija la mirada Maquiavelo, escribiendo sobre ella á su amigo Vettori y cuando Lorenzo se apoderó de Urbino le dedicó el *Príncipe*, mas fué todo inútil: las esperanzas como las ilusiones de Maquiavelo. Exceptuando Rafael, la proteccion de Leon X que se prodigaba á improvisadores, cantantes y

bufones, no era en realidad benéfica á ningun verdadero grande hombre.

La meditacion y el trabajo eran, pues, todo el consuelo de Maquiavelo en su quintita del *Albergaccio*, á distancia de tres millas de San Cosciano, de donde mirando al norte podia percibir de léjos la torre de Palacio Viejo, el campanario de Giotto y la cúpula de Duomo... Y qué recuerdos debieran despertarle en el alma aquella vista! Pero él, en cambio, tenia que pensar seriamente en el sustento de aquella familia de cinco hijos y de la mujer, con quienes (apesar de lo que se ha dicho en contrario) era afectuosísimo, como bien lo demuestra Villari. No se movió de allí hasta el 1518, en cuyo año se fué á Génova por comision de algunos mercaderes florentinos; despues volvió á la quinta, de donde habiéndose vuelto más quietos los tiempos, bajaba de vez en cuando á Florencia y empezó á frecuentar la noble sociedad de jóvenes que se reunian en los Jardines Oricelarios alrededor del Casino Rucellai. Ahí leia sus argumentaciones sobre el *Arte de la guerra*, excitando á sus oyentes en favor de su perpétuo postulado, la organizacion de una milicia nacional en Italia. Á los Médici, y en particular al Cardenal Julio, que mandaba en Florencia aquellas reuniones y conversaciones, no les daban molestia por entonces. Antes bien los hombres más autorizados eran consultados por el Cardenal respecto á las reformas juzgadas más oportunas, y tambien fué consultado Maquiavelo, quien contestó esforzándose en conciliar el interés de la familia Médici, que parecia deberse extinguir en Leon X y en el Cardenal Julio, con la libertad, por lo ménos futura, de la República. Hé ahí al hombre y al escritor como fué siempre! La posteridad le ha reprochado el hecho de haberse ofrecido á los Médici despues de 1512. Él se ofreció, es verdad, pero la primera vez que lo consultan les propone que devuelvan la libertad á Florencia. Se engañó, es cierto, respecto á la intencion de los Médici, que querian con aquellas apariencias engañar y tener tranquilos á los más ardientes fautores de libertad, de manera que ni las propuestas de Maquiavelo, ni las de los otros tuvieron éxito alguno. Pero entretanto el Cardenal Julio, trataba de acrecérselo cada vez más, y el año 20 por ciertos asuntos comerciales lo mandó á Luca, en donde se detuvo algun tiempo llenando su ociosidad diplomática con la habitual observacion de las condiciones del país y en escri-

bir la *Vida de Castruccio Castracani*, que envió á sus amigos de los Jardines Oricelarios; muy singular trabajo que tiene muchas atinencias con el *Príncipe*, porque así como en este libro Valen- tino, en el otro Castruccio figura como el héroe, entre histórico y fantástico, en quien Maquiavelo experimenta sus doctrinas. Se diría un *facsimile* de las novelas, que hoy la moda se obstina en llamar *experimentales*, no obstante que en ellas el experimentador sea enteramente dueño de forjar á capricho los resultados de sus experimentos. Ni Maquiavelo aplica solamente, como en el *Príncipe*, teorías políticas, propuestas al fundador de un estado nuevo; sino que habla también de la manera de organizar la defensa de ese estado en aplicación de su *Arte de la guerra*; á esa fecha ya preparada; y con ese fin imagina facciones de guerra que Castruccio nunca tuvo y victorias que jamás alcanzó. Añádase que Maquiavelo no trata del *Arte de la guerra* únicamente con relación á la política, antes bien osa iniciar una verdadera *Ciencia de la táctica*, como antes se había atrevido á iniciar *Una ciencia de estado*, otro aspecto extraordinario de este ingenio soberano que Villari ha sabido presentar en su plena luz.

La *Vida de Castruccio* fué para los amigos de los Jardines Oricelarios tema de muchas disputas; (y nó sin razón) pero de acuerdo todos sobre la admirable aptitud de Maquiavelo para el estudio histórico, se pusieron en movimiento para conseguir de los funcionarios del Estudio y del Cardenal Julio, jefe de ellos, que lo encargasen de escribir la historia de Florencia, y obtuvieron su objeto. Así es que á Julio de los Médici, proclamado despues Papa Clemente VII, fueron dedicadas por Maquiavelo sus *Historias Florentinas*. El antiguo gonfalonero Soderini, que entonces se mezclaba en conspiraciones contra los Médici, lo disuadió de aceptar ese encargo. Pero él no lo escuchó y aceptó además del Cardenal una misión casi más cómica que diplomática, cerca de un Capítulo de Monjes Menores en Carpi, de cuya misión Maquiavelo mismo era el primero en reirse en sus cartas á Guicciardini, Gobernador de Módena. El hombre enviado cerca de tantos reyes y emperadores se reía ahora segun la expresión de Guicciardini, obligado "á chupar la república de los Zuecos." Librádose de ésta, volvió á Florencia, pero entretanto al jovial Leon X sucedía el caprichoso Adriano VI, y de este momentáneo oscurecimiento de la estrella

medicea se valieron los descontentos (entre los que figuraban ahora también los frecuentadores de los Jardines Oricelarios) para intentar una nueva conjuración contra los Médici, descubierta con arte fino y castigada con la más feroz severidad. Sobre Maquiavelo no recayeron sospechas; pero dispersados sus amigos, tuvo que retirarse otra vez á su quinta para atender á los estudios y dejar pasar la tormenta. Entre esos estudios ocupan lugar preferente las comedias, á las cuales Villari asigna un Capítulo especial, porque también en ellas el talento observador y el espíritu satírico de Maquiavelo imprimen una huella indeleble con la *Mandrágora*, la mayor, la sola comedia verdadera y original del antiguo teatro italiano.

La crítica de las *Historias Florentinas* de Maquiavelo, es en nuestro concepto, la parte más vigorosa y más espléndida del tercer volumen de Villari. El método histórico de Maquiavelo, las fuentes, las imitaciones, los errores, así como las otras cualidades propias de él que lo constituyen en creador de la historia política y civil, todo esto es estudiado por Villari y expuesto con tal esmero de indagaciones, con tal vigor y profundidad de razonamientos y de crítica, que difícilmente puede ser superado. Maquiavelo busca en sustancia también en la historia, la confirmación de sus teorías políticas, nó más con el método enteramente arbitrario de la *Vida de Castruccio*, pero sí dando mayor calor á los hechos que más le acomodan. Pero su propósito lo obliga á trasladar el interés dramático de la historia de las guerras y de los hechos exteriores, á lo que es más íntimo y tiene más afinidad con la constitución interna de los estados, y así funda ya el concepto crítico y moderno de la historia, por más que dominado siempre por el pensamiento político de los *Discursos*, del *Príncipe* y del *Arte de la guerra* asigno á la potencia individual una eficacia tan grande y decisiva que no deja á todos los otros coeficientes históricos la importancia y el valor que en realidad tienen. De los ocho libros en los cuales se dividen las *Historias Florentinas*, el primero contiene la tan admirada introducción á la historia de la Edad Media, en donde el ideal del *Príncipe* tropieza en el acto con la grandiosa figura de Teodorico, que sabe unir la Italia en un estado solo. Despues de él comienza á culminar el obstáculo perpétuo, el Papado, que hace vanos los esfuerzos segregados de las Comunas y las apocadas ambiciones de los Principados, y unos y otros pro-

cipitan en poder de los mercenarios otro obstáculo insuperable, otra fuente perpétua de calamidades italianas. "De estos ociosos príncipes, escribe Maquiavelo, y de estas vilísimas armas, llena estará, pues, mi historia." Los tres libros siguientes narran la historia interior de Florencia desde su origen hasta 1434. Pero del origen se apresura á saltar pronto al corazón de su historia, esto es, á la primera aparición de los partidos Guelfo y Guibellino, de los cuales si bien descuida las viejas causas históricas, vé con claridad las más próximas, así como la consecuencia desastrosa para la República del hecho de abrigar en su seno facciones agitadas por causas y potencias exteriores: el Imperio y el Papado. Viene en seguida la lucha larguísima entre la aristocracia feudal, germánica de origen, y el pueblo de sangre latina; trágica y muy confusa historia, sobre la cual Maquiavelo arroja por primera vez un rayo de verdadera luz. La democracia triunfa; pero ella también se divide en partidos, y éstos, multiplicándose, corrompen la ciudad y allanan el camino á la tiranía. Así es que los Médici, insinuándose con arte sutil entre los nuevos perversos que dividen la ciudad, consiguen al fin dominar la República. De la tiranía Médici, Maquiavelo no puede, en una obra dedicada á Clemente VII, hablar con libertad, y por lo mismo, abandonando los sucesos interiores, salta, cambiando método, á relatar en los libros quinto y sexto las guerras italianas, de las cuales saca argumento para corroborar uno de sus mayores postulados políticos, las armas propias subrogadas á las mercenarias; y en los libros séptimo y octavo describe las conjuraciones preparadas contra las tiranías oprimentes en todas partes; conjuraciones que Maquiavelo refiere como una efusión de su intenso amor de libertad.

Nuevos acontecimientos alejaron para siempre á Maquiavelo de las labores literarias; el Papado de Clemente VII, que acarrió á Roma y á la Iglesia las peores humillaciones y ruinas, y por último costó á Florencia la pérdida total de su libertad; la batalla de Pavía que decidió á favor de España la prolongada contienda y la conspiración de Morone, que relatada por Villari con el auxilio de los más recientes documentos, es una confirmación de la estólida impotencia á que se reducen todos aquellos que aún en política confían solamente en los cálculos de la más refinada astucia y de la inmoralidad más despojada de escrúpulos, y deshoja después los

laureles que ciñeron alguna vez la frente de Morone, mente vigorosa, pero nó ciertamente víctima generosa de patriotismo desgraciado. Tal era, por el contrario, el de Maquiavelo, quien llegando á Roma con el volumen de las historias para presentarlo al Papa, y encontrando la corte toda azorada por el peligro con que amenazaba á Roma y á Italia la potencia imperial, instantáneamente se olvida de sí mismo y no se ocupa sino de persuadir á todos de que el único remedio era la actuación de su antigua idea: de una milicia nacional. En tamaño apuro, el Papa acepta hasta la idea de Maquiavelo, y éste vuelve finalmente á entrar en los negocios (en buen punto!) y es enviado á Guicciardini lugarteniente general del Papa en campaña, quien al entusiasmo confiado de Maquiavelo, contestó, moviendo la cabeza: "No estamos ya en tiempo." La desesperación empezaba á triunfar también del alma de Maquiavelo. Con todo luchaba, multiplicaba sus propuestas y trabajaba para fortificar á Florencia. Pero entre tanto el coloso imperial adelantaba, el asalto de los Colonna preludia al saqueo de Roma, después de cuyo acontecimiento una revuelta arrojaba á los Médici de Florencia, precisamente en el momento en que Maquiavelo acababa de entrar á su servicio! La patria libre y Maquiavelo al lado de sus tiranos! Á esta última infame división de la fortuna no pudo resistir el vigoroso temple de Maquiavelo.

La obra de Villari sobre Maquiavelo es un trabajo acabado en todas sus partes y definitiva. Del análisis de las condiciones políticas, morales y literarias del Renacimiento, de las contradicciones que atormentaban en aquel tiempo la conciencia italiana, resulta como consecuencia necesaria el génio de Maquiavelo que busca una base nueva para levantar sobre ella la patria y la conciencia. Á él aparece, como medio, un arte de estado que no solamente descifra el enigma que ofusca el fondo de la vida italiana, pero que en el fin sublime de reconstituir la patria justifica su aislamiento de toda consideración de orden moral y en la defensa, en la gloria de esta patria resurgida encontrará nuevo germen de virtudes públicas y privadas. Todo ese plan le parece más sencillo y práctico confiado á un hombre solo que compendia en sí el rol de nuestros tipos históricos. Que él tome á su cargo esa empresa y que el pueblo la consolide y la defienda! Á estos ideales Maquiavelo se mantuvo fiel toda la vida, á costa de todo sacrificio, y los propugnó en toda

ocasion desafiando impávido el infortunio, el escepticismo y la incuria de todos. Esto lo levanta arriba de todos sus contemporáneos y "la frente de aquel que con tanta obstinacion nos fué descrito como la personificacion del mal de las tinieblas morales, (escribe Villari dejando en último estallar su afecto de biógrafo) se rodea repentinamente de una luz celestial que ilumina el siglo." Fallecido mientras la catástrofe italiana se precipitaba, Maquiavelo llevó consigo al sepulcro sus ideales y quedó "el hombre ménos conocido y más calumniado que la historia conozca." Al empezar su redencion política, la Italia debia hacer justicia á su profeta, y para Villari es hermosa gloria de ciudadano y de escritor el haber sabido tributársela de una manera tan llena y cumplida.

Roma, Agosto 6 de 1882.

## Ludwig Noiré

DAS WERKZEUG UND SEINE BEDEUTUNG  
FÜR DIE ENTWICKELUNG DER MENSCHHEIT  
—Mainz, 1880.

*La herramienta y su significacion  
para el desenvolvimiento de la huma-  
nidad.*—Maguncia, 1880.

POR H. LACHELIER

(Por la traduccion, J. F. Saenz de Urraca)

La *Revista Filosófica de Francia* dió, en su número de Mayo de 1878, el análisis de una obra notable de M. Noiré sobre el origen del lenguaje. El libro de que hoy vamos á ocuparnos puede ser considerado como una especie de complemento de aquel primer trabajo. En efecto, la herramienta depende y procede de las mismas facultades intelectuales que la palabra. Cuando la razon comenzó á desenvolverse, por decirlo así, del mundo de los fenómenos y á oponerse á estos, es decir, cuando formó sus primeros conceptos, creó, necesariamente, las primeras palabras. M. Noiré piensa, con razon, que tambien debió crear la herramienta. Y esta, por su parte, reaccionó sobre la razon, precisó el pensamiento y contribuyó de un modo poderoso á enriquecer al mismo lenguaje. Un estudio del lenguaje llamaba, pues, á un estudio de la herramienta. Una teoria del origen de la razon, que tal es el objeto verdadero de M. Noiré, no podía ser completo sin que á la vez abarcarse el origen de la palabra y el de la herramienta.

Por lo demas, recordando brevemente las ideas fundamentales del *Origen del lenguaje* será como haremos percibir mejor el estrecho vínculo que une á ambos estudios. M. Noiré opina que el hombre, obrando sobre el mundo exterior, fué como comenzó á pensar. Los efectos producidos en el mundo por la actividad comun de la herda fueron los primeros fenómenos que se objetivaron por la con-

ciencia, y fueron concebidos por el pensamiento. Ellos fueron los que dieron el primer impulso á esa facultad de abstraccion y de generalizacion que es el principio mismo del pensamiento activo. Así, pues, el hombre primitivo no pensaba sino en tanto que, por medio de su trabajo, modificaba el mundo exterior. Pensar y obrar fueron, en el origen, dos términos inseparables. Ahora bien, cuando el hombre pensó, habló.

Los datos más recientes de la filología prestan su apoyo á ese modo de ver. Las raíces más antiguas han designado los efectos de la actividad humana que se ejerce sobre el mundo. Los primeros conceptos expresados parece que fueron lo de "ahondado," de "rascado," de "golpeado," etc. Está demostrado que el hombre nombró al pronto los objetos segun las modificaciones que les hacía experimentar y de ahí procede que cosas muy diferentes hayan podido ser designadas por la misma palabra; bastaba, para eso, que fuesen objeto de un trabajo análogo. Así, por ejemplo, el árbol y el animal fueron designados por la misma raíz, porque el árbol y el animal son igualmente "la cosa que se rae ó raspa:" al uno hay que quitarle su corteza para servirse de él, al otro hay que desbojarle de su piel. Así, pues, el hombre pensó al pronto en los efectos producidos por su energía sobre las cosas; solo más tarde logró concebir su propia actividad; y más tarde, aún, los objetos sobre los cuales no obraba directamente. Por fin, en último término, se pensó á sí propio y se elevó al concepto del Yo.

Nace, pues, el pensamiento y con este el lenguaje de la actividad mancomunada de la horda. El desarrollo de esa actividad y el de la palabra fueron paralelos. Para conocer, por lo tanto, los progresos del pensamiento y del lenguaje es preciso conocer el origen y los progresos del trabajo humano. Ahora bien, tal es precisamente, el objeto del nuevo libro de M. Noiré.

Hállase dividida la obra en dos partes: 1.ª parte filosófica; 1.ª parte técnica. La primera está consagrada á la filosofía de la herramienta, la segunda á la historia de la herramienta primitiva.

En la primera el autor se dedica á presentar bajo una forma nueva, apropiada á su nuevo asunto, su teoría del origen de la razon, é investiga qué relaciones pueden existir entre la evolucion del pensamiento y la de la herramienta. En la segunda toma la herramienta en su nacimiento y describe sus progresos desde la piedra sin labrar, con que al pronto se arma instintivamente la mano, hasta la maquina, que es un conjunto complicado de herramienta.

Sin ceñirnos á seguir paso á paso á M. Noiré, nos proponemos tan solo poner en evidencia la idea general que predomina en el conjunto de su obra.

He aquí, segun el Sr. Noiré, cómo se pueden concebir las relaciones primitivas entre el pensamiento, el lenguaje y la herramienta:

1.º El hombre obrando sobre el mundo exterior y modificándolo, logra formar sus primeros conceptos, es decir, logra pensar.

2.º Los primeros conceptos están asociados á sonidos articulados. El nacimiento del lenguaje es la consecuencia inmediata de la primera emancipacion de la razon.

3.º El pensamiento, desarrollado, precisado por el uso de la palabra, logra concebir un intermediario entre el órgano natural y el objeto de su actividad. Ese intermediario es la herramienta propiamente dicha.

Por último, la herramienta, á su vez, llega á ejercer su accion sobre el pensamiento, le dá más precision y claridad, le enriquece con nuevos conceptos.

Sabemos ya de un modo general la manera en que la actividad de la horda primitiva, aplicada al mundo exterior, engendra el pensamiento y el lenguaje. Pero, la mayor parte de los animales obran tambien sobre el mundo exterior, lo modifican en cierto modo, y sin embargo no se puede decir que piensan. Así, pues, la actividad primitiva del hombre debía diferir, ya, de la de los animales, presentar algun caracter particular capaz de esplicar ese impulso prodigioso dado á la conciencia. Ese caracter esencialmente particular es para M. Noiré, el trabajo de la mano que se sustituye al de los dientes.

La herramienta primitiva y natural del hombre, como de la mayor parte de los animales, son los dientes. El hombre, semejante al perro y al mono, obró al pronto con los dientes sobre los objetos exteriores. Pero el trabajo de los dientes es una labor puramente instintiva y que, además, se ejerce fuera de la intervencion de la vista. Para que el hombre pudiese tener conciencia de su actividad era, pues, necesario un primer progreso; era necesario que aprendiese á "proyectar" (1) la accion de los dientes en un órgano sometido á la intervencion de la vista, es decir, en la mano. Este primer progreso fué posible cuando el hombre abandonó sus primeros hábitos de animal trepador y comenzó á buscar su refugio en caver-

(1) Esto es lo que M. Noiré denomina "Proyeccion de los órganos."

nas. Solo entónces la mano, de órgano locomotor que ántes era, se convirtió en instrumento de trabajo.

La mano suple, por de pronto, á los dientes. Estos tienen por función principal el racer (incisivos), rasgar y hendir (caninos), aplastar y triturar (molares). Ahora bien, para desempeñar esas funciones diversas á las cuales es tan mal apropiada, por sí misma, la mano, ésta hubo de llegar muy luego á ayudarse con una especie de equivalente del órgano natural, es decir, con piedras cortantes, agudas ó redondeadas, á propósito para hacer el oficio de las tres especies de *dientes*. M. Noiré piensa que el empleo de esa forma enteramente primitiva de la herramienta no fué, en realidad, un acto consciente, es decir, ejecutado libremente y con reflexión. En efecto, el hombre no poseía entónces una idea clara y explícita de la causalidad (ó modo de operar peculiar á una causa) y por lo tanto todavía no podía combinar medios en vista del logro de un fin. Así, pues, la mano se armó al pronto, espontánea ó instintivamente, con la piedra, que solo más tarde llegó á convertirse en una herramienta verdadera, y hé aquí cómo, según toda probabilidad, fué conducida á ello. Las piedras se ofrecían por sí mismo á la mano ocupada en abrir ó ahondar cavernas habitables. La necesidad de apartarlas y arrojarlas fuera, llamaba necesariamente la atención sobre ellas. Además, como la mano, aún en el hombre de aquella época, era un órgano relativamente sensible y delicado, el obrero primitivo hubo de buscar muy luego el medio de protegerla en su trabajo contra las asperezas del suelo, y también para ese oficio se lo presentaba naturalmente la piedra. Así, pues, es probable que el uso de la piedra sin labrar, como auxiliar ó más bien como complemento de la mano se remonte al tiempo en que el hombre dejó de vivir sobre los árboles y comenzó á abrir cuevas.

Lo más verosímil es que el trabajo de la mano, intervenido y dirigido por la vista, que es el más intelectual y el más objetivo entre todos los sentidos, fuera el que despertó el pensamiento y provocó el primer vuelo de las facultades racionales. Se concibe que los hombres, dedicándose con afán, en grandes grupos, á una misma tarea, prosiguiendo un fin común, llegasen, así, á concebir ideas de los primeros efectos que su actividad producía. Las primeras ideas generales se asociaron por sí mismas á sonidos articulados, quizás á los mismos sonidos que naturalmente acompañan á todo trabajo en mancomún, á esos gritos con que los trabajadores se estimulan entre sí y procuran mancomunar sus esfuerzos; acaso esos gritos

fueran las primeras raíces del lenguaje. Por lo tanto, el trabajo mancomunado fué el que enseñó al hombre á generalizar y á hablar. Ahora bien, precisamente esa facultad de generalización fué la que, fortalecida, desarrollada á su vez por el lenguaje al cual había dado origen, permitió al hombre que transformase á la piedra con que se ayudaba en una verdadera herramienta.

La generalización y la abstracción que le sirve de base, no son, según ya lo hemos dicho, sino la forma principal de la actividad lógica del pensamiento. Ahora bien: el pensamiento lógico no es sino cierto poder ó facultad de aislar y de reunir, de separar para volver, en seguida, á unir ó relacionar. En efecto: para abstraer es preciso aislar en las cosas los elementos que nos son suministrados por la percepción externa como tramados entre sí y formando un todo complejo; es preciso llegar á concebirlas separadamente, y solo entonces pueden ser agrupados de una manera nueva y formar ideas generales. Las facultades lógicas suficientemente desarrolladas permitieron, pues, á la conciencia, que aislase, por decirlo así, los elementos de que se componen todo trabajo humano, y así fué cómo el hombre logró concebir separadamente, primero las modificaciones introducidas en el mundo exterior por su actividad, después el órgano que es el agente de esas modificaciones, la mano, y por último, esa piedra añadida á la mano, piedra que al pronto había empleado casi inconscientemente, cual pudiera haberlo hecho un animal. Así concibió una idea, al pronto vaga, después más precisa, de un fin que se había de lograr y de la serie de los medios necesarios para consaguirlo, de un efecto obtenido y de las condiciones de ese efecto, porque el pensamiento, después de haber separado los diferentes elementos de la actividad aplicada al mundo exterior, restableció entre ellos un nuevo vínculo, el de causalidad, es decir, concibió la idea de una cadena continua de fenómenos ligados entre sí, determinados unos por otros y que producen un resultado final. Esto era suficiente para que la herramienta, propiamente dicha, pudiese tener nacimiento. En efecto: habíase dado el paso decisivo, la intuición separada de la mano y de la piedra, término medio entre el órgano activo y el efecto que se necesitaba producir. La herramienta estaba creada, y desde entonces su perfeccionamiento no era ya sino cuestión de tiempo.

Indiquemos ahora, en breves palabras, la marcha que siguió la evolución progresiva de la herramienta. Siguiendo á M. Noiré, pudiéndonos concebir así las épocas principales de esa evolución.

1. La herramienta, bajo la forma de una simple piedra sin labrar, acompaña al pronto al trabajo de la mano, sin ser objeto de una intuición distinta; ayuda así á la mano á desempeñar ciertas funciones que convienen naturalmente á los dientes.

2. El hombre llega á tener, por decirlo así, conciencia de la herramienta. Se sirve, al pronto, de objetos naturales sin modificarlos, tales como piedras, cuernos, huesos y dientes de animales, etc.

3. El hombre aprende á modificar los objetos naturales para apropiarlos á un uso determinado; fabrica verdaderas herramientas, al pronto de piedra, hueso y cuerno, más tarde de metal.

4. El hombre llega á combinar juntas varias herramientas para producir ciertos efectos, por ejemplo, el martillo y el cincel. Este progreso le conduce á la invención del arma.

Por fin, en último lugar, crea la máquina.

Digamos tan solo algunas palabras acerca de las principales herramientas fabricadas.

Al pronto, esas primeras herramientas fabricadas habían de diferir muy poco de las no fabricadas de la segunda época. Todas tenían el propio objeto: sustituir al trabajo de los dientes. Fueron, por ejemplo, toscos cuchillos de piedra, rascadores, raspadores, taladros, capaces de servir para los más diferentes usos. La acción de esas herramientas primitivas se ejerció, al pronto, inmediatamente bajo la mano, siguiendo todos los movimientos de ésta. Un progreso importante fué el descubrimiento de la herramienta provista de un mango y cuya acción se ejerce fuera y á alguna distancia de la mano, es decir, el hacha. Según toda probabilidad, el uso de la mandíbula del oso de las cavernas fué lo que condujo al hombre á la importante invención del hacha. El maxilar inferior, provisto de su enorme diente canino, formaba una especie de azadón natural. Cuando el hombre llegó á ser capaz de aislar en su conciencia el diente, que se rompía con frecuencia y necesitaba ser sustituido, del hueso que lo servía de mango pudo imaginar la manera de combinar la piedra aguda ó cortante, con un mango de hueso ó de cuerno, y halló el hacha.

Otro progreso que hubo de hacer próximamente en la misma época consistió en aumentar la acción de las herramientas penetrantes ó perforantes, imprimiéndoles un movimiento de rotación. Ese progreso ejerció una influencia capital sobre el destino futuro del hombre, puesto que condujo al descubrimiento del fuego. En efecto: es muy verosímil que procurando hacer penetrar una estaca

aguzada de madera seca en otro pedazo de madera igualmente seca, por medio de un movimiento rápido de rotación fuera cómo el hombre viese surgir bajo su esfuerzo las primeras llamas. Desde aquel momento le pertenecía la llama que había producido. Habíase apoderado del fuego, y sabido es el papel que el fuego había de representar en su desarrollo ulterior.

El último capítulo de la obra está consagrado al arma. Piensa M. Noiré que la herramienta había alcanzado ya un grado bastante alto de perfección cuando á su vez fué hallada el arma y que, según toda probabilidad, el hacha fué el intermediario por el cual el hombre pasó del instrumento de trabajo al instrumento de combate. El hacha es por sí misma un arma, y durante mucho tiempo el hombre no debió conocer ninguna otra. La horda primitiva aprendió, sin duda alguna, muy pronto á servirse del hacha, ya fuera para atacar á las fieras ó para proteger la conquistada presa contra las hordas vecinas y rivales. Ahora bien: probablemente en medio de esas cacerías y de esos combates sostenidos con el hacha, fué cuando se inventó el arma verdadera, el arma arrojadiza. El hombre debió comprender muy luego la ventaja que ofrece el herir desde lejos, y ningún instrumento podía haber más á propósito que el hacha para enseñarle á obrar desde cierta distancia. En efecto: consiste precisamente el manejo del hacha en lanzar una piedra aguda, haciéndole describir un semi-círculo contra el objeto que se quiere modificar. Ahora bien: el pensamiento humano se hallaba ya bastante desarrollado para imaginar el modo de hacer obrar esa piedra á una distancia todavía mayor, y esto fué lo que al pronto hizo el hombre lanzando el hacha con su mango contra su presa ó contra su enemigo. Hoy, todavía, muchos pueblos poco civilizados conservan ese modo de cazar ó de pelear. Estaba encontrado el principio de la acción á distancia, y desde tal momento era ya posible la construcción de instrumentos más especialmente á propósito para ser lanzados, ó sean armas arrojadizas propiamente dichas.

Tal es en su conjunto y en sus partes principales la notable obra de M. Noiré. A los hombres especiales pertenece apreciar científicamente la parte técnica de la obra, que parece ser rica en ideas ingeniosas y nuevas. En lo tocante á la parte filosófica que forma el fondo de la obra y que acaso constituye su interés principal, parécenos que completa de un modo muy feliz la tentativa ya comenzada por M. Noiré en su libro sobre el origen del lenguaje para la explicación por decirlo así evolucionista, del origen y de los pri-

micros desarrollos de la razon. Y hagamos observar bien, á propósito de esto, que tal explicacion no es en modo alguno positivista á la manera inglesa. Parécenos, por el contrario, muy conciliable con la teoría de Kant, que hace de todo conocimiento humano un producto de dos factores, los datos de los sentidos y el trabajo activo del pensamiento que los elabora. El pensamiento, como funcion activa, no es en manera alguna producto de la experiencia sensible; pero esa experiencia debe satisfacer á ciertas condiciones, la conciencia; expresándolo de otro modo, debe haber alcanzado cierto desarrollo para que el pensamiento pueda desenvolverse, ejercer su accion sobre la parte fenomenal del conocimiento y constituir, aplicándose á éste, la experiencia propiamente dicha. Ahora bien: esas condiciones, ese desarrollo necesario para el desenvolvimiento de la razon, es lo que M. Noiré ha querido estudiar, y parécenos que lo ha hecho con el mejor espíritu crítico y filosófico.

## Conferencia

LEIDA EN EL «ATENEO DEL URUGUAY» EL 5 DE FEBRERO DE 1876

POR EL DOCTOR DON PEDRO BUSTAMANTE

Señores:

El favor con que el Ateneo del Uruguay acojió mi primera conferencia, me ha estimulado á subir una vez más á esta tribuna y ésto porque las manifestaciones de mi auditorio me han probado dos cosas á cual más grata para mí: primera, que un mismo espíritu nos anima; segunda, que la marca del escepticismo político no ha llegado á escalar los altos dominios de la juventud, esta preciosa planta que, con razon se ha dicho, renace sin cesar para orgullo de las naciones libres, para esperanza de los pueblos oprimidos, y séame permitido agregar, para consuelo de aquellos hombres que, ya viejos por la edad, son sin embargo jóvenes por el corazon y por la fé.

Pero no lo olvidéis por un instante: más que aplaudir sus propios sentimientos, mucho más conviene perseverar en ellos hasta el fin, á despecho de las sugestiones del interés, de la vanidad ó de la falsa gloria. Con la perseverancia, el hombre hace prodigios; -- sin ella, las más justas empresas fracasan, los más nobles propósitos son de ningun efecto.

Por hoy, señores, nos ocuparemos de la famosa cuestion de las dos morales; pero del único modo que á mi entender lo permite la índole de estas reuniones, es decir, en términos generales.

Las dos morales! Cuestion magna, se dirá, y una de las más controvertidas en nuestro tiempo. -- Así es, en efecto. Pero, por una parte, no se necesita ménos para subir á esta tribuna sin recelo de hacer dormir á los concurrentes, despues de bajar de ella un orador elocuente y que poseo como pocos el don de arrebatar á su auditorio hasta comunicarle, por una especie de impulsión eléctrica,

el noble entusiasmo y las emociones de toda su alma. Y por otra parte, ¿cómo faltar al compromiso de dar una segunda conferencia? Que el respeto por la palabra empeñada me sirva pues de excusa, y que la grandeza del asunto mismo, supla la insuficiencia del que lo ha de tratar.

Antes sin embargo de entrar en materia, me permitiré referir una anécdota acompañada de una advertencia, por si fuese necesaria.

Durante el reinado de Napoleón III, un sábio profesor de la Universidad de París, Mr. Nisard, tuvo un día la malhadada inspiración de colarles á sus alumnos la teoría de la *doble conciencia* — la del hombre y la del ciudadano; pero encontró en sus oyentes una acogida mas insinuante que cordial, y que lo curó para siempre de su tentación—*No hay mas que una!* le contestaron los estudiantes, y á estas palabras siguióse, como sigue la detonación al relámpago, una formidable silvatina, acompañada de una copiosa lluvia de sombreros y hasta de botas, lo que puso en derrota al buen profesor, que escapó, segun suele decirse, como rata por tirante.

Estad tranquilos, mis jóvenes amigos, y no soñéis siquiera en tener que descalzar vuestras botas ó que echar á volar vuestras *galeras*, que tampoco yo sueño en sustentar aquí la tesis de Mr. Nisard.

Los que piensen como Tácito, que la fuerza y la duración de los estados dependen, nó de la habilidad, sino de la equidad, hallarán que la moral es de todos los objetos de estudio el que más especialmente se impone al ciudadano, sobre todo allí donde el gobierno de la sociedad no se encuentra como enfeudado en una familia ó clase determinada; donde la cosa pública es en realidad, la cosa de todos. Porque es preciso no perder de vista por un momento que una sociedad no es otra cosa que una colección de individuos, que aquella vale exactamente lo que valen éstos, y que éstos valen sobre todo por su moralidad, ilustración y energía de carácter; de tal suerte que allí donde el individuo ha mermado bajo cualquiera de esos aspectos, puede afirmar e sin temor de errar, que la asociación política ha mermado con él sean cuales fueren los progresos realizados en el arte, la industria, el comercio, etc., etc. Todos estos progresos del individuo, ni compensan por consiguiente su decadencia.

Señores:

El hombre es responsable porque es libre. Porque es libre y res-

ponsable, por eso decimos que es un ser moral. Y como todo ser está sometido á una ley análoga ó armónica con su naturaleza, de ahí que el hombre esté sujeto á la ley moral:—ley que nos distingue de los seres inferiores; ley que cada uno de nosotros lleva grabada en el fondo de su corazón; ley que es el fiscal de nuestras propias acciones y la regla de nuestros juicios en la apreciación de los ajenos; y ley en fin cuyos preceptos son proposiciones tan evidentes por sí mismas, que fuerzan la convicción á la manera que todas las verdades primeras ó necesarias.

Fuerza libre, el hombre puede desconocer esa ley ó desviarse de ella por un mal uso de su misma libertad; pero no puede infringirla impunemente, porque mas tarde ó más temprano, á la infracción de la ley síguese la expiación ó el castigo del infractor.

Fuerza inteligente ó voluntaria, el primero de sus deberes, y de sus intereses tambien, el primero de todos, es procurar conocerla, y una vez conocida, hacer de ella la regla invariable de su vida.

Pero esa ley inexorable que no admite acomodamientos con el mal, y que vincula la expiación á la culpa; esa ley que rige todos nuestros actos de carácter privado, ¿esa ley extiende así mismo su imperio á los actos de carácter público, ó en otros términos, la conducta del hombre de Estado y de los gobiernos en general, está sujeta, como la del simple particular, á las prescripciones de la ley moral, de manera que una y otra deban pesarse en la misma balanza? ¡Ah! señores; de cuántos y cuán incalculables males es deudora la humanidad al primero que hizo semejante pregunta! Aquél fué el progenitor de una raza de políticos sin escrúpulos y sin conciencia, que ha tenido su mas alta personificación en los Borgias y los Médicis, los Luis XI, Ricardo III, Felipe II, Federico de Prusia, los dos Napoleones, etc.

Sí, responden sin trepidar á aquella pregunta los grandes filósofos y los antiguos y modernos moralistas — En efecto, para unos como para los otros, los caracteres de la moral son, no solo la universalidad y la inmutabilidad, sino tambien la *unidad*.

No hay más que una moral, dicen ellos; en cuanto á la palabra *moral política*, ellos no designan una moral distinta de lo común y sí solo una de sus aplicaciones — “La sociedad, decía Zanon, no descansa sobre otro fundamento que la justicia, y la recta razón que ordena ó prohíbe es una ley que, derivando de la naturaleza misma de las cosas, se extiende de Dios al hombre, y del hombre al magistrado”. — Platon y Aristoteles piensan en esto

particular exactamente como Zenon, y todos tres proclaman á una, que fuera de la moral y la justicia no hay punto de apoyo para la palanca que mueve el mundo político.

Otra es entre tanto la teoría profesada por ciertos escritores, y puesta en práctica por muchos soberanos y hombres de Estado en los tiempos modernos. Estos han pretendido sustraer los negocios públicos á las reglas ordinarias de la moral privada, y han proclamado la existencia de dos morales distintas: una, dicen, *la pequeña moral*, esto es, la moral comun, y otra *la gran moral*, vale decir, cierta cosa, especie de Caja de Pandora, conocida con el nombre de *Razon de Estado*, y que un Papa experto definió: *una jiccion de los malvados*.

Mirabeau, con aquel tono magistral y dogmático que le era familiar, dijo una vez: "¡Cuidado que la pequeña moral no mate á la grande!" A lo que observa epigramáticamente Carlos de Remusat: "porque Mirabeau no tuvo la pequeña, quizás por eso le faltó la grande."

Tan cierto es que el génio y la moralidad no siempre van unidos!

Doctrina esencialmente negativa bajo el punto de vista de la moral comun, la razon de Estado proscribía del campo de la política como cosas más que inútiles embarazosas y aún perjudiciales, la buena fé, la lealtad, el amor á la justicia, el respeto á las leyes y á los derechos naturales del hombre; no cree en los principios, sino en la fuerza y en la astucia, y su única regla de criterio en la apreciacion de las empresas políticas y de la conducta de los gobiernos; es el suceso, el éxito.

Aplausos y el Capitolio para el vencedor,—vituperios y la Roca Tarpeya para el vencido.—no de otro modo entiendo ella la justicia distributiva, y no de otro modo la administran sus adeptos.

En vano lo niegan algunos de estos, Maquiavelo, es quien la ha reducido á teoría, codificando en máximas, preceptos, y púestolos como médios ordinarios de gobierno, Maquiavelo lo confiesa, con esa ingenuidad, ha dicho alguien, que es privilegio del génio, y con ese refinado cinismo, dire yó, que es privilegio de los insultadores patentados del género humano, y que marca el más alto grado de la depravacion del alma y de la prostitucion del talento.

Para aquellos, lo mismo que para éste, adherir á la doctrina es acreditarse de razonable, de hábil, de moderado, y sobre todo de práctico; —repudiarla es por el contrario, mostrarse vulgar y pe-

queño, absoluto, intransigente ó visionario, y hacerse merecedor de la censura y el escarnio de los hombres sérios. ¡Tan ensoberbecidos están con el invento!

Pues bien: venga en buena hora el sambenito, que yo tambien soy de los condenados á llevarlo, porque tambien yo sostengo que no hay más que una moral, como no hay más que una geometría.

Y desde luego observo que la teoría de las dos morales tiende nada ménos que á dejarnos sin ninguna; porque en efecto; si las reglas de la moral ordinaria no fueren aplicables á los negocios públicos, ¿cómo y porqué razon habian de ser más aplicables al manejo de los privados?

Para que lo fueran, fuerza sería demostrar que hay no solo uno sino dos principios de deber.

Ahora bien, el principio del deber en nuestras relaciones de hombre á hombre todos los conocemos. Pero si no es eso mismo; ¿cuál es el principio del deber en las relaciones entre el individuo y el Estado, ó entre gobernantes y gobernados?

Declaro que no he podido dar con él, no obstante el empeñoso afán con que lo he buscado en los escritos de los doctores de la nueva ley; porque la perversidad humana, punto de arranque de la doctrina, no es principio, á lo que se agrega que, por suerte, es evidentemente falso que todos los hombres sean perversos, como expresamente lo sienta Maquiavelo.

Y á la verdad, no espero obtener mejor resultado en adelante, á no ser que algun nuevo Pico de la Mirándola no desnienta cualquiera dia de estos, cómo los gobernantes son más [que hombres, ó bien cómo los hombres, por el hecho de darse gobierno, dejan de serlo y descenden al nivel de los seres inferiores, ó se convierten en lo que queria el amigo Hobbes: *homo homini lupus*. No estrañaria á fé, que tal sucediera, pues en ninguna época ha habido como en la nuestra, gente tan mal hallada con su propia superioridad, ni que con más entusiasmo y mayor abnegacion haya cometido la gran tarea de destronarse á sí misma. ¡Cuánto espíritu desplegado para matar el espíritu; Cuántas razones aducidas para abolir la razon! Cuánta argucia desplegada en probarnos cómo tres y dos son cinco, que nuestros primeros padres fueron mono, ranas ó gusanos, y que sus míseros descendientes somos todavia ménos que eso, monos, ranas, ó gusanos *degenerados*!

No hay medio, señores: si la gran moral fuese verdadera, la pequeña sería por el hecho falsa, y si fuese verdadera ésta, sería

falsa aquella. O una ú otra pues, ó la moral de los hombres de bien, ó la *ficción de los malvados*. Conciliarlas entre sí de manera de hacerle á cada una su parte, es esperanza superior á nuestras fuerzas.

Á estas mismas conclusiones llega un moralista contemporáneo, Gasparin:

“Uno de los grandes medios, dice él, de suprimir la moral, consiste en dividirla en dos: la moral según la conciencia, y la moral contra la conciencia; en otros términos, la moral moral y la moral inmoral.

“Que se nos hable del deber, dicen los sectarios de la moral inmoral, con relación á la vida privada, sea; pero la vida pública, la vida política no puede sujetarse á una regla tan absoluta, ni ajustarse á un traje tan estrecho.

“Este modo de discurrir, agrega, vá hasta destruir la idea misma del deber, porque la conciencia que no es de todos los días y de todos los momentos no es conciencia, y el deber que no obliga constantemente, no es deber.

“Las concesiones tan justamente reprochadas á los jesuitas no reconocen otro origen que el de la moral de convención, á saber: un repudio más ó menos enbozado de la ley del deber”.

Ahora bien, señores: el nuevo probabilismo valdrá por ventura más que el antiguo? ¿Será más lícito emplear la deslealtad y la mentira para gobernar y mantenerse en el poder, que para propagar dogmas y ganar prosélitos? El fraude cambiará de naturaleza y dejará de ser fraude, ó será más excusable que los fraudes piadosos, porque se cometa en nombre de la política? Hay quien así lo cree.

Cuántos hombres, en efecto, aun entre católicos, cuántos que siendo adversarios calorosos del probabilismo en materia de religión son, sin embargo, calorosos partidarios del probabilismo en materia política. Cuántos que no lo perdonarán el más leve desliz á los discípulos de Loyola, pero que los perdonarán los más culpables excesos á los discípulos de Maquiavelo y á los imitadores de Luis XI de Richelieu ó de Talleyrand.

¿Es eso lo que exige la equidad? Nó por cierto. El hombre verdaderamente equitativo mide á todos con la misma vara, como el verdadero liberal quiere la libertad lo mismo para los extraños que para los suyos. Equitativos con los amigos lo somos todos, y á liberales para consigo mismos nadie les gana al autócrata ruso y al sultán de Constantinopla.

Digamos pues: *Ni Loyola ni Maquiavelo, ni el probabilismo en religion, ni el probabilismo en politica.*

El autor que ántes he citado entra en algunos detalles y particularidades curiosas sobre el modo cómo proceden en los negocios de Estado los hombres de la *gran moral*, y que voy á permitirle reproducir, porque si carecen de novedad, no carecen por cierto ni de exactitud ni de oportunidad.

“Tal ó cual hombre público, dice él, que en los negocios privados se muestra honrado y leal, se esforzará cuanto pueda por mistificar y hacer caer en la trampa á sus adversarios, y para ello celebrará pactos inmorales, reservándose violarlos en la debida oportunidad: engañará en sus despachos y en sus actos públicos y mentirá á tuerto y derecho en sus conversaciones. Tendrá lo que vulgarmente se llama una conciencia *de recambio*; empleará malos medios, tales como el espionaje, el soborno, etc. Y más aún: dirá que todo esto es admitido y necesario para triunfar, y os declarará muy suelto de cuerpo que hay que igualar las armas, oponer la mentira y la calumnia á la calumnia y á la mentira, (aunque no haya sido calumniado) ganarse á los diplomáticos hostiles á fuerza de promesas, asegurarse á los diputados independientes á fuerza de empleos ó de prebendas, subvencionar diaristas para que defiendan al gobierno, aunque no tenga razón, y sobre todo no teniéndola, para que den noticias falsas y nieguen las verdades, y violar la correspondencia á fin estar en el secreto de lo que se intenta y de lo que nó. “Hablad un poco menos de religion y de moral, y no ablandéis los sellos”, decía bajo la Restauracion un diputado dirigiéndose á un ministro práctico en el oficio.

“Mentiras en los boletines militares, mentiras en la diplomacia, mentiras en la prensa — oh! vivimos en unos tiempos en que la mentira continuada, sistemada, audáz y sin escrúpulos, se ostenta en todo su esplendor. Necesidad política! — dicen — necesidad diplomática! necesidad militar! Pero, y la necesidad de la rectitud, lo preguntaré yo ¿dónde la dejáis?”

Señores: la obra de Gasparin no contiene la respuesta á esta pregunta; pero la respuesta de ordenanza ó de uso corriente hoy, es esta: *¿Para qué sirve eso? con la rectitud no se manda al mercado.*

Cien contra uno, señores, cien contra uno, á que no hay una sola persona entre las presentes á esta numerosa reunion, que no lo haya oido siquiera una vez.

Y es verdad; es una de las poquísimas verdades que oímos de la boca de los hombres positivos y de los políticos prácticos. Es verdad que, rigurosamente hablando, con la rectitud no se manda al mercado, como no se conoce *moneda* de este cuño, aunque la rectitud sea el medio que mejor y en ménos tiempo le asegure el mercado á todo el que no aspire á trasformarse en *boa* ó á revolcarse en el oro, peor mil veces que en el fango más mofítico cuando no es el fruto de la labor honesta ó el instrumento de nuestra mejora intelectual y moral. Cierto, repito; con la rectitud no se hace el mercado; pero con la rectitud y nó con el dinero, se compra la dignidad de la vida y la inapreciable paz de la conciencia; con la rectitud se gana reputacion y estimacion públicas, que no vienen con solo la fortuna; con la rectitud se adquiere el derecho de levantar la frente y mirar alto; y con la rectitud, en fin, mis jóvenes amigos del Ateneo del Uruguay, con la rectitud, y solo con ella, se puede conquistar en la historia de un país una página, modesta á veces, pero siempre limpia, que es lo principal. Desgraciados, mil veces desgraciados países aquellos en que las virtudes morales sean despreciadas ó desdeñadas; en que las cuestiones, cualquiera que ellas sean, hayan de decidirse por una simple operacion de suma y resta, y en que los ciudadanos tengan por único ideal y el poder por todo programa, el incremento de la fortuna y la satisfaccion de los apetitos materiales! Oh! tenedlo por cierto, ese pueblo será ántes de mucho el último de los pueblos de la tierra, y su opulencia material, pesando sobre él como una maldiccion tremenda, sólo servirá para aumentar y hacer más resaltante y más incurable su profunda miseria moral.

De todas las opiniones de Gasparin, sólo una no acepto: la que deja suponer que un mismo sugeto puede ser un bribon en la vida pública y un hombre de bien en las relaciones privadas. Pido perdón al ilustre moralista; pero yo entiendo que el hombre es uno, y tengo como artículo de fé que el que es bribon en política es **bribon** en todo, y que para mostrarse tal en lo privado sólo espera una oportunidad propicia. El error de Gasparin, comun á muchos y causa de frecuentes decepciones, tiene su origen ó en una nocion deficiente de lo que constituye propiamente la honradez, ó en una imprudente ligereza para expedir patente de hombría de bien.

Señores: guardaos de fiaros del hombre público que se ha conducido mal como hombre privado ó del hombre privado que se ha conducido mal como hombre público. La línea divisoria entre esas

dos zonas de un territorio que pretenden algunos trazar es de todo punto imaginaria y no tiene razon de ser.

Que el que se sienta tentado á deshonorarse como funcionario, sepa á lo ménos que no rehabilitará su nombre con solo pagar sus cuentas el dia sábado, ni será tenido por honrado como comerciante, industrial, abogado, etc. Puede por esto salvarse todavía á algunos, como ha perdido ya á tantos la excesiva indulgencia con que en estos tiempos se miran los actos ménos excusables y la extrema facilidad con que se olvidan los más reprobables y aún los más execrables.

Felizmente, señores, la política de la Razon de Estado, muy léjos de cumplir sus promesas y de engrandecer á las naciones, las ha hecho retroceder en la obra de su perfeccionamiento y progreso, á punto de poder decirse que su historia está escrita con las lágrimas, con la sangre y hasta con el sudor de los pueblos en que ella ha sido practicada. Sus fundaciones, cuando algo ha fundado, han sido efímeras y precarias; sus destrucciones, incalculables y de una dolorosa trascendencia.

Y digo felizmente, porque á la inversa quizás de la mayoría de los hombres de mi tiempo, presa de una fascinacion que nó porque tenga explicacion deja de ser deplorable; á la inversa de ellos, digo, que opino que el bien obtenido por malos medios, (si la cosa fuera posible) sería de todos los espectáculos imaginables el más profundamente desmoralizador y corruptor que pudieran los hombres presenciar.

El dia en que la humanidad llegase á persuadirse que por todos los caminos se iba á Roma, que era posible llegar al órden verdadero por la arbitrariedad, á la libertad por la servidumbre, á la dignidad por la adyeccion, á la grandeza y á la felicidad por la abolicion de todos los principios morales, aquel dia todo estaría perdido, definitivamente perdido, y si no fuese él el último dia del mundo, sería á no dudarlo el último de la civilizacion. La ley que entonces rigiera á los hombres no podría ser otra que el apotegma de Hobbes, la ley de los lobos.

Pero nó, señores; eso no puede ser, y eso no será, al ménos en tanto que la Providencia no derogue ó cambie por sí misma las eternas leyes que gobiernan el mundo moral. Bendita, una y mil veces bendita ella, que ha condenado á las naciones lo mismo que á los individuos, á ser libres y morales para ser felices, á no llegar al bien por otro camino que el del bien!

Ella también, la Providencia, tiene lógica, y lógica que, á diferencia de la nuestra, no falla ni se desmiente jamás. También ella es absoluta, intransigente, implacable, y como no tiene que temer el desquite, se burla con una suprema insolencia de los Sísifos que cuentan eludir por un instante el cumplimiento de las leyes.

¿Qué es, pues, se preguntará, lo que ofusca á la generalidad de los hombres en la apreciación de los hechos políticos y sus probables ó naturales consecuencias, hasta inducirlos á creer que un mal paso puede tener buenos efectos, y por aquí á mirar con cierto favor y respeto á los políticos de la escuela de la Razon del Estado? Si no me engaño, es, en gran parte al ménos, el éxito inmediato con que á veces vemos coronadas las empresas más inicuas; porque es preciso confesarlo, el hombre mezcla de casualidades y defectos, el hombre que tiene cierta pasión instintiva por la fuerza, cierta predisposición á dejarse fascinar y atraer por los que triunfan, y cierta admiración por los hábitos en el arte de salir con la suya y aun de engañar ó fumar á los demás (y en esas propensiones de nuestra naturaleza tiene su principal punto de apoyo toda política maquiavélica). Solo es, que en unos esa pasión tiene por contrapeso otras pasiones más nobles ó un fondo de ideas y convicciones más poderosas y en otros nó: y estos últimos son quizá los más.

Empero, si el rastro del mal se borra á los ojos del hombre poco reflexible ó idólatra del éxito, un espíritu observador é independiente lo sigue sin perderlo de vista por un momento, y lo reconoce y señala con el dedo á través de las mayores distancias.

Esto quiero decir que también en política hay cosas que *se ven* y cosas que *no se ven*; que también aquí lo que para unos es imperceptible, para otros es hasta tangible; siendo muy de observar que, por lo comun, lo que no se vé excede mucho en importancia y trascendencia á lo que se vé.

Muchos hay, sin embargo, que si no son, digamos así, justiciables de todas las conciencias. Ahora bien: cuando la conciencia pronuncia su veredicto sobre tales hechos, la inteligencia y la voluntad deben someterse á él sin reserva. *Nada contra la conciencia*: esto es el primer precepto de la ley moral.

Ya lo veis, pues, señores, la fuerza sola, y aun acompañada de la *habilidad*, pero divorciada de la moral y de la justicia, es, como decía el gran Tácito, impotente para labrar la grandeza y la felicidad de las naciones. Aun las mentidas grandezas fundadas en cimientos tan deleznales, solo han durado lo que aquellos palacios

construidos sobre arena de que habla el Evangelio, y su caída ha sido más rápida y estrepitosa que su elevación.

Moral política! no hay otra, señores, que la moral universal aplicada con todo el rigor y la tersura de sus preceptos, así el gobierno de los Estados como á la conducta de los ciudadanos entre sí y con relación á la comunidad.

Y digo los ciudadanos entre sí, porque los partidos no tienen ciertamente más derecho que los gobiernos á emanciparse de la ley moral y emplear como medios políticos la opresión, la perfidia ó el fraude.

Ellos, lo mismo que los gobiernos, se componen de hombres.

Razon de Estado! infame impostura fraguada por los déspotas y los lacayos de los déspotas para cohonestar ó excusar sus maldades, baraja compuesta al uso de los truhanes de categoría para ganar al pueblo la partida. "Yo lo enredo y desenredo, lo hago y lo deshago todo, y en seguida lo cubro con mi sotana roja", decía un célebre cardenal-ministro. Esa es la fotografía de la Razon de Estado, sacada por un maestro consumadísimo en el arte, ó si se quiere en el género: Richelieu.

La necesidad contrapuesta á la justicia, la salvación pública por la supresión de toda forma, la conservación del orden por los golpes de Estado (verdaderas revoluciones oficiales) la justificación de los medios por los fines, la arbitrariedad convertida en principio de autoridad etc., son capítulos del Evangelio ó ántes bien del código infernal de la Razon de Estado; y siempre que oigais algunos de ellos, tened por cierto que se medita alguna iniquidad.

Mentira! no hay crimen necesario.

Mentira! no hay tropelía útil

Mentira! no hay abuso justificable, ni impostura saludable, ni mal que pueda convertirse en bien ó producirlo, ni consideración alguna que autorice á un gobernante á exceder los límites del mandato que ha recibido del pueblo, único soberano!

Tanto es, sin embargo el camino hecho por la doctrina que combató, que no son pocos entre los mismos que de buena fé se tienen por liberales y demócratas, lo que queman incienso en los altares de la Razon de Estado, aviniéndose bastante bien con el despotismo, toda vez que reviste algunas de las formas exteriores de la libertad y se muestre benigno, y que favorezca el desarrollo de ciertas pasiones muelles y egoístas de nuestra naturaleza, cosa que más que á nadie le interesa á él estimular y fomentar.

Por lo que á mi hace ya se comprende que no acepto ni carceros ni verdugos, ni despotismo franco ni despotismo hipócrita. Las almas libres no pueden conformarse ni aún resignarse con nada que no sea la plena posesion de la libertad. Pero todo bien considerado, hallo que si el despotismo franco ó violento es una inmensa calamidad, el hipócrita ó templado puede ser además una maldiccion, porque si bien atormenta ménos los corazones, en cambio enerva y degrada más aún los caracteres, pervierte más las ideas y el sentido moral, modifica á las sociedades, y acaba al fin por connaturalizarlas con la servidumbre, que es lo peor que pueda sucederles.

Así el despotismo de César y sobre todo el del *buen Augusto*, como era llamado en su tiempo, pudo más para la ruina definitiva de la república, que la de Mario y Sila, lo que ha hecho decir, no recuerdo á quien, que en política, pervertir y degradar no es mejor que asesinar.

Y luego, interróguese á la historia, y la historia dirá que el despotismo disfrazado, es una preparacion admirable para el despotismo sin disfraz; y que Tiberio no habrá sido posible si el mismo Augusto amoldando á los romanos á la servidumbre con su fingida clemencia, con su aparente respeto por las instituciones y por las formas exteriores de la libertad, y con su interesado amor á la paz, no le hubiera abierto el camino, y preparado convenientemente la escena en que tan gran papel debía jugar, y jugó el hijo infame de la infame Livia.

En pos de Augusto, Tiberio! en pos del despotismo hipócrita y templado que *se acepta*, el despotismo franco y cruel que *se aguanta*: ved ahí, dice Ampé la marcha natural de las cosas, y la "justicia de Dios"—Y ved ahí, señores, agregaré yo, la leccion de los tiempos y la última palabra de la política de la Razon de Estado: *Después de Augusto, Tiberio.*

Que otros entonen, pues, himnos en honor del despotismo hipócrita y templado, por egoismo ó por miedo del franco y violento, el demócrata liberal y aun el liberal no demócrata, temerá todavía más para su país del primero que del segundo. Que otros busquen en la compresion y el fraude, seguro abrigo contra las posibles tempestades de la libertad, reduciendo el honor y la grandeza moral y política de una nacion á un mezquino cálculo de pesos, reales ó centésimos; el hombre reflexivo que no se deja deslumbrar por las apariencias, sabe que bajo el despotismo, cualquiera que él sea, no hay licor tan generoso que no se vuelva en tósigo, ni bien

que al fin no se resuelva en mal; y el político previsor ó experto temblará, más aún que de las tempestades del Océano, de esas calmas mortales de los trópicos, en que, como dice E. Castelar, el mar se duerme y la inmovilidad envenena los aires, y corrompe las aguas, y pudre el buque.

Para crecer en poder, en moralidad y en riqueza tambien, los pueblos necesitan paz que sea principio de vida, no principio de muerte, y aquélla solo puede venirles de la libertad. La paz de la servidumbre, la paz á cualquier precio, me parece siempre cara y efímera, y la tranquilidad de Varsovia nunca me sedujo más que la tranquilidad de los cementerios.

Le sé bien: nada de cuanto voy diciendo es una novedad para los que me hacen el honor de dispensarme su atencion; pero tampoco yo he pretendido traer á esta tribuna cosas nuevas, y sí tan solo cosas ciertas, que es lo que en rigor debe á su oyentes el que á ella sube. Y luego, señores, cosas hay que por su importancia piden ser repetidas, porque á fuerza de darse por sabidas y conocidas de todos, nadie habla más de ellas, y á fuerza de no hablar de ellas, muchos las olvidan, y algunos no llegan nunca á conocerlas.

En cuanto al cargo que alguien pudiera hacerme de dar á mis conferencias un carácter puramente especulativo ó doctrinal, ninguno sería en verdad más injusto. Ignoro si llegará dia en que pueda y quiera hacer política militante ó de actualidad; pero harto sé yo, sin que nadie me lo advierta ó recuerde, que ese dia no ha llegado. Y cuando llegase, no sería en esta tribuna donde lo haría.

Desde luego, no lo podría, aunque quisiera, pero declaro que tampoco lo querria, aunque pudiera, porque ciertamente no desco que el "Ateneo del Uruguay," sociedad científica y literaria, centro de reunion de todas nuestras juvenes inteligencias, y campo neutral abierto á los hombres de todos los partidos, por hombres tambien de todos los partidos, se convierta en club político.

Reasumiendo en pocas palabras cuanto dejo espuesto en esta Conferencia, digo por conclusion: que la moral es una; que sin moral no hay política, puesto que una política que [prescindiera de élla; no sería en rigor otra cosa que el arte de oprimir y engañar á las naciones; y por último, que toda tentativa hecha en el sentido de sustraer el gobierno de los Estados á los principios y reglas de la moral universal, es un crimen de lesa humanidad y un acto de rebelion contra la Providencia.

*Haz lo que debes, suceda lo que suceda, ¿no será este el gran precepto de la escuela estoica? Pues bien; será él nuestra divisa y la regla invariable de nuestros actos todos, en la vida privada como en la pública, y en la vida pública como en la privada?*

## El Dante

POR EL SEÑOR E. DE LA BARRA

LECCIONES DADAS EN EL INSTITUTO DE SANTIAGO DE CHILE

### LECCION I

Dejamos á la espalda los siglos áridos de la literatura. Despues de atravesarlos de colina en colina, vamos al fin, señores, á detenernos ante el gran poeta de la Italia, montaña colossal llena de abismos y de misterios, que no se mira sin profunda emocion. Su frente se pierde en los cielos, relampagueando entre fantásticas neblinas; sus entrañas se ajitan con el fuego que las devora, y en sus faldas se pintan en triple zona los acontecimientos, el saber y las creencias de un era, tal como en los Andes ecuatoriales se reproduce la flora del continente, de la base á la cumbre.

Ante la *Divina Comedia*, no podemos, señores, exclamar con el poeta:—“Mira, y pasa!”

\* \* \*

En otra ocasion os he explicado como es que el estudio de la literatura no puede reducirse al conocimiento abstracto de las formas, como quieren ciertos preceptistas. Es algo más que eso. Hoy, la crítica elevada y positiva no se alimenta de meras abstracciones. De bien poco serviría este estudio si no buscára sus antecedentes en los acontecimientos políticos y en el estado social, sino abarcára en la misma mirada las ideas, creencias, acontecimientos, costumbres, y, en general, las influencias de lugar y tiempo que contribuyen á la formacion de las grandes obras literarias. ¿No es cierto que la botánica sería incompleta si solo describiera las plantas y las flores, sin preocuparse del suelo y el clima en que ellas nacen, ni de las variadas influencias que determinan su desarrollo? Así tambien la literatura.

Consecuentes con nuestros principios, ántes de analizar la *Divina Comedia* sigamos al poeta en su vida accidentada, pues, si de ordinario la biografía de los escritores de segundo orden á nada conduce, en tratándose de hombres como el Dante que tanta influencia han ejercido, se hace necesario conocer lo que fueron. En este caso es tanto más indispensable cuanto que en la vida del poeta florentino está el jérmén y la clave de su inmortal *trilójia*. El mismo es actor principal en aquel singular poema ligado estrechamente á los grandes intereses de la Edad-medía, sobre todo á la querrela del Sacerdocio y el Imperio, cuyas oleadas moribundas se estienden á nuestros días, pues otra cosa no significa el último grito de guerra lanzado del Vaticano contra el poder civil y contra las mejores conquistas de la era moderna.

Como antecedente bosquejarémos á grandes rasgos el escenario en que va á moverse el severo poeta, quien á su estro une la concisión enérgica de Tácito, la indignación vengadora de Juvenal, la maestría de Virgilio, la penetrante mirada de Rojerio Bacon, el saber teológico de Tomás de Aquino, la sombría grandeza de Job; y la fantasía formidable de Ezequiel y de Juan de Pátmos, videntes cuyas alas indefinibles se ajitan en la eternidad.

\* \* \*

La cuna del Dante se mece en un caos social, sureado de cuando en cuando por relámpagos que alumbran sus entrañas informes. Esta cuna de gigante está colgada sobre el abismo de la edad-medía.

El siglo XIII se hace notar por el progreso general del espíritu. Presenta el espectáculo de un movimiento inusitado en los estudios, y de cierta actividad literaria, principalmente en Francia y España de donde se propaga á otras naciones; y al mismo tiempo produce hombres eminentes, de acentuada personalidad y vasta influencia en las letras y la política.

En la silla de Pedro se sienta Inocencio III, hombre de gran carácter, otro Gregorio VII en la audacia de sus planes, precursor de Machiavelo en sus medios, y un aragonés en la ejecución de sus propósitos. Con mano de hierro gobierna la Iglesia y prepara su formidable unificación, sometiendo á su autoridad los obispos y sus cleros, un tanto rebeldes á veces á la voz del pontífice, como lo eran los grandes vasallos respecto á su soberano. Inocencio aspira á domar el Imperio, sometiendo lo temporal al yugo de lo espi-

ritual, el Estado á la Iglesia, y por eso armaba á su Iglesia. A toda costa quiere realizar sus planes. Nada resiste á su génio y su tenacidad. Es él quien cae como una tigre sobre los Albijenses, desgarrá á la Francia, y esparce al viento las bellas flores primaverales de la literatura provenzal; es él quien hace obligatoria la confesion y subyuga la familia; es él quien impone definitivamente la Inquisicion romana, para dislocar la conciencia en el tormento y consumir en los quemaderos el pensamiento humano. Perezca cuanto no lleve el sello del Pescador, fué su voz de orden; más sus sucesores no heredaron ni su talento ni su audacia, y acaso esto salvó al occidente. Entre ellos solo recordaremos á Gregorio IX, "digno de luchar contra San Luis."

En Francia ejercen su influencia Felipe Augusto, San Luis, y Felipe el hermoso. En España la cristiandad ha estendido sus conquistas bajo el dominio de Fernando III, y las ciencias, las letras y la lengua misma acaban de recibir el impulso que las dió don Alfonso el Sabio. En Portugal, el rey Deniz funda la Universidad de Coimbra.—En Alemania figuran Federico Barbarroja y Federico II, el primero, conquistador de la Italia, campeón de la Cruz en Palestina, príncipe heroico y aventurero, que reina durante 40 años; el segundo, poeta, versado en las lenguas europeas y orientales, naturalista, filósofo y libre en su pensamiento, merece llevar el nombre del amigo de Voltaire.

En Inglaterra se opera una revolución: la orgullosa aristocracia del reino, buscando garantías para sí, da un paso cuyas consecuencias generales no puede prever. Juan sin Tierra acababa de firmar la Magna Carta bajo la presión de sus belicosos barones, debilidad que arrancó un grito de rabia y de maldición á Inocencio III quien acaso presentía el nacimiento de la libertad, trastornadora de sus planes, cuando estrujaba entre sus manos la copia de aquella carta.

Las comunas y los gremios entre tanto, se abren paso lentamente conquistando fueros y privilegios, el *Estado llano*, comienza á levantar la cabeza y toma asiento en los *Estados generales*, y en las Cortes. Al mismo tiempo, la turbulenta democracia italiana, sin nocion de derecho ni espíritu de justicia, ignorándose á sí misma, é ignorante de sus destinos, como una ironía del progreso, crece á la sombra de la Cátedra romana. La Iglesia, en efecto, se empeña en demoler las ruinas de la antigüedad, y entre tanto cobija en su seno las semillas del pasado, sin sospechar siquiera que de esas semillas nacerá el espíritu nuevo que hoy combate.

En los días del Imperio romano las ciudades italianas habían adquirido ciertos privilegios y fueros municipales que las daban un aspecto democrático especial. Con la conquista germanica de Carlo Magno, el régimen antiguo desapareció del todo, y fué reemplazado por el sistema feudal. Las viejas comunas pasaron á ser feudos de los grandes vasallos imperiales, germanos ó italianos, pero, siempre aspiraron á reconquistar sus derechos perdidos. Este doble interés dió nacimiento á los partidos políticos:— el partido dominador, representado por los grandes señores, obispos ó barones, nacionales ó extranjeros, feudatarios del Emperador ó del Papa; y el dominado que era el verdaderamente nacional. Es este el partido del pueblo que crece aspirando á reconstituir la comuna, y á realizar algunas reformas democráticas, bien limitadas en los primeros días.

El partido dominador se bifurca en dos ramas igualmente poderosas y rivales: la del Papa, representante del poder espiritual, y la del Emperador, encarnación del Estado, y representante del poder temporal. Estas formidables potencias están en continuo choque, y, para robustecerse despues de sus derrotas y asegurar la victoria; halagan al pueblo y lo atraen á su causa, mientras lo necesitan, y despues lo sacrifican sin piedad. Tal estado de cosas continúa hasta hoy, por mucho que hayan cambiado las condiciones de la lucha. Las sociedades actuales están agitadas por las querellas entre el sacerdocio y los gobiernos de mano fuerte, y en esta lucha se compromete el pueblo por la una ó la otra parte, sin acabar de comprender que su interés no está, ni estará jamás en el predominio del uno ó del otro bando, sino en el triunfo de la libertad, que el primero anatemiza y el segundo usurpa en su provecho.

*Güelfos* se denominaban los partidarios del Papa, y *Jibelinos* los del Emperador.

En el conflicto, los güelfos, á fin de encontrar auxiliares decididos para batir al emperador alemán y rey de Italia, se proclamaron amparadores de la causa nacional contra la extranjera, y de consiguiente, aliados de los patriotas que luchaban por sus antiguos fueros municipales en contra del sistema feudal, establecido y mantenido por el Imperio.

A fin de parar el golpe encerrado en esta estratagemá política, el emperador no ménos hábil que los astutos güelfos, convocó en 1183 el Congreso de Constanza, y en él declaró libres y soberanas sus ciudades de Italia, reservándose apénas sobre ellas ciertos derechos de supremacía, más aparentes que reales. La medida imperial pro-

dujo su efecto. Todas las comunas italianas aspiraron á mejorar de condición sometándose á tan blando yugo, y aún hicieron armas para cambiar de señor, y de güelfos que eran se tornaron en jibelinos.

Pero, los señores feudales no podían aceptar de buen grado esta emancipación de sus vasallos, y, de los encontrados intereses que engendraba la nueva situación, saltó la chispa que envolvió á la Italia en una larga y desastrosa guerra civil.

Las repúblicas italianas del siglo XIII ensayan los más variados sistemas á la vez; mas, procurando siempre revestir la forma tradicional, aún cuando animadas de un espíritu nuevo de que no se daban cuenta. El semillero de ciudades rivales que se levanta, desgarrá el seno de la Italia: apénas nacidas, luchan unas con otras y se despedazan á sí mismas; crecen y caen, traicionadas las más veces, para alzarse de nuevo y volver á las animosidades, al parecer inestinguibles. Producen el caos, pero en el seno de ese caos está la fermentación democrática. A imitación de la antigua Roma tienen un Senado, un foro, tribunos elejidos popularmente, cónsules y triunviros; tienen todavía priores, síndicos, gonfalonieros,... y todos tiranos!

\* \* \*

Pues lo aconseja el asunto que nos ocupa, detengamos la vista en Florencia, patria del Dante. — ¿Cuál era á la sazón su estado político?

Allí, como en las demás ciudades libres de Italia, la lucha se había trabado entre güelfos y jibelinos, es decir, refiriéndose más al interés local que al general, entre la nobleza desposeída por el emperador y adicta al papa, y el partido democrático, que, fuerte por sus riquezas, aspiraba á abrirse paso hasta el poder, y conquistar así una legítima influencia en los destinos nacionales. En 1282, el partido democrático consumó esta revolución, obligando á los aristócratas á partir con ellos el gobierno. La revolución, bien cimentada, siguió su natural desarrollo, y ántes de mucho, Giano della Bella instituyó la matrícula llamada de las *artes* y de la *libertad*. Consistía ésta en la inscripción de los ciudadanos en ciertos registros electorales, donde solo podían figurar los que algun oficio ejercieran, poseyeran algun arte ó profesaran alguna ciencia, útiles á la comunidad. Quien no estuviera inscrito en la matrícula florentina, quedaba inhabilitado para ejercer cargos públicos. Tal dis-

posición, sábia en su esencia, era un golpe contra la nobleza. Dante, aunque pertenecía á aquella nobleza, se inscribió en el sexto registro en calidad de físico farmacéutico, es decir, de médico, y así se abrió la puerta de la carrera política, que tan funesta había de serle.

Esta marcha firme y decidida de los recién llegados al gobierno, parece que hubiera debido llamar á sus contrarios á la más estrecha unión. No fué así, sin embargo. Más que el peligro comun pudo en ellos el odio y las rivalidades de familia, tan propias de la vida lugareña. Los *Cerchi* y los *Donati* partieron la ciudad en dos bandos inconciliables y turbulentos, y el fuego no tardó en arreciar con la llegada á Florencia de otras familias también rivales, procedentes de Pistoia, nido de discusiones, las cuales se afiliaron en los bandos opuestos de la ciudad, dieron nuevo pábulo á sus odios y rencillas, y constituyeron los dos famosos partidos de los *Blancos* y los *Negros*. Estos últimos eran capitaneados á fines del siglo XIII, por Corso Donati, hombre enérgico y virulento, y en sus filas formaba la antigua nobleza del país. Los *blancos*, ricos recién ennoblecidos, contaban con las simpatías y el apoyo de los *demócratas* victoriosos. Dante, unido á los *negros* por su estirpe y por su enlace con Gemma Donati, dió sus simpatías á los *blancos* á quienes sirvió, como más adelante veremos.

A pesar de las rivalidades de familia que revolvían las ciudades, apesar de las querellas políticas que dividían la Italia en imperialistas y papistas, guelfos y gibelinos, negros y blancos, capuletos y monteseos, tan fervorosos católicos eran los unos como los otros.

Mientras los Pontífices pudieron mantener en jaque á la casa de Suavia, solo apelaron á las fuerzas italianas para rechazar al extranjero, y entonces gozaron de inmensa popularidad. Pero, cuando Federico II, príncipe italiano, tomó posesion de las Dos Sicilias, y sobre todo cuando los Papas tuvieron que combatir á su hijo Manfredó, las cosas cambiaron de aspecto. Entónces, ellos á su turno apelaron al auxilio extranjero, y los franceses aparecieron en Italia con Carlos de Anjou y Carlos de Valois. Esto produjo la consiguiente reaccion. El partido gibelino se reforzó con todos aquellos que en los franceses veían los verdaderos invasores de la patria, y en el Emperador de Alemania su legítimo soberano por derecho de herencia.

Mil quiméricas esperanzas se fundaron en estos soberanos, más interesados que capaces, y algunos políticos como el Dante, llega-

ron á soñar en la restauracion del antiguo poderío de la Italia, cuando Roma sustentaba el cetro universal.

El Dante, nacido güelfo, por patriotismo se hizo gibelino. Quería para el Papa la plenitud del dominio espiritual, y para el emperador toda la suma del poder temporal.

Este modo de ver, en nada amengua ni su patriotismo ni su ortodógia.

\* \* \*

Bosquejado el cuadro político de aquella época tan agitada y fecunda en acontecimientos, procurémos ahora hacernos cargo del estado en que se encontraban las letras.

La aurora provenzal se habia propagado, y el canto amoroso de sus trovadores resonaba en España y en Italia: los poemas caballerescos, las leyendas místicas, los *fabliaux*, encontraban acogida en todas las córtes, mientras que las leguas vulgares con este ejercicio se desataban y recogían nuevos y más perfectos giros á cada ensayo que hacían. Las universidades, donde los estudiantes se contaban por millares, protegidas, privilegiadas y florecientes; las discusiones filosófico-teológicas, trabadas dentro y fuera de sus cláustros, y las misteriosas elucubraciones de los astrólogos y alquimistas, impregnadas de misticismo, propagaban el gusto del saber, y aún solían arribar á felices descubrimientos.

Al mismo tiempo que las lenguas neo-latinas conseguían crear una literatura incipiente y ruda, se traducían los clásicos, y Aristóteles y despues Platon, Virgilio y Lucano, Ciceron y Tito-Livio, Boccio y otros ejercían su influencia á la par de los provenzales y los árabes. Así al recuerdo vago del mundo antiguo se mezclan las ideas nuevas en corrientes diversas, las cuales á veces, como las aguas del *gulf-stream*, se tocan sin confundirse; mas no sin atemperarse. Al lado del Evangelio está el Coran, junto con las tradiciones druídicas y germanas, la mitología helénica, lo sobrenatural del misticismo cristiano enlazado con lo maravilloso de la fantasía oriental, la cábala judía infiltrándose en los misterios mal comprendidos y en los oráculos y augurios de origen egipcio, griego y romano. — Tal es la fuente múltiple de las creencias que iban á ser el alma de las nuevas literaturas europeas.

Agréguese á esto aquel espíritu aventurero, belicoso y galante, formado por el feudalismo, que luce en los poemas de caballería; el amor platónico, profesado por el paladin y enaltecido por el

poeta, de donde al fin nace el código de las *Córtes de Amor* y de los *Juegos florales*, que cualitece á la mujer y suaviza las costumbres; el gusto por la abstracción, que envuelve las concepciones en la alegoría, y el gusto por la alegoría que trás de su careta esconde la sátira acerada, como lo demuestra el célebre *Romance de la Rosa*; el espíritu contemplativo, desarrollado en el fondo de los claustros, el cual si produce una joya mística de alto precio como es la *Imitación de Cristo*, contribuye al extravío de los espíritus con las producciones enfermizas de la *Legenda dorada*, tan caudorosas como finestas.

Lo sobrenatural y lo maravilloso, y lo fantástico flotan en el aire! Mas, sobre todos los piadosos caudores, y sobre todas las trovadas de amor, y sobre los poemas heroicos y los paladines y barones que ellos celebran, y sobre los reyes y sus córtes brillantes, y sobre los papas y sus pompas, bulle la risa, la burla, la sátira, la comedia, voz del pueblo que penetra en el palacio y en el templo, en las letras profanas y en las sagradas. Aquí es el bufon ó el trovador andáz quien lanza la carejada ó el acerado serventesio; más allá es la algazara de la Páscoa, celebrando en las catedrales entre burlas y cánticos sagrados la *fiesta de los locos ó la del año*, cecopostero de las bacanales romanas: ora el *Zorro* astuto y burlesco, parodiando á los grandes dignatario: y recorriendo el velo de sus miserias, provoca la algazara de los pecheros y villanos; ora el *Diablo* tentador caído en sus propias redes, desata la risa franca de los que tanto tienen que sufrir!

Esto en cuanto á las bellas letras en general, que cuentan con centenares de trovadores y poetas, y autores y obras, sin que ningún nombre célebre desuelle por sobre aquella compacta muchedumbre.

Aristóteles y Platon dominaban la filosofía, como hemos dicho, aunque imperfectamente traducidos y comentados por los árabes conforme el espíritu del Corán y á las sutilezas de Avicena y Averroes. Las matemáticas se estudiaban con provecho, conforme al dictado de los árabes; la medicina, según los principios de Hipócrates y Galeno, y la farmacia y la botánica, eran esparcidas en Europa por los doctos hebreos, salidos principalmente de las universidades moras de Córdoba y Granada. Los conocimientos astronómicos habían hecho idéntico camino, ilustrando el nombre de don Alfonso X de Castilla, el sábio inspirador de las Partidas. Sin embargo, el movimiento universal se explicaba todavía por

las artificiosas esferas cristalinas de Tolomeo, sostenidas ya no por los elefantes y la tortuga de la cosmogonía Brahmínica, ni por el gigante Atlas, sino por el Cristo de frente radiante, según la pintura de un artista desconocido de aquella edad. Análogo es el sistema que desarrolla el Dante en su Divina Comedia.

La metafísica domina en las ciencias, la ortodójia les ata las alas, el trastorno del milagro les cierra los ojos. Se imaginan hipótesis que no pugnen con la fé, y en seguida los fenómenos se subordinan á la hipótesis. Tal es el método. No obstante, la ciencia por ortodójia que sea ofrece sus peligros, y oculta espinas en la corona de rosa de los sábios. Silvestro II, Alberto el Grande, como más tarde el marqués de Villena en Castilla, son tenidos por hechiceros; y con ellos todos los que se entregan al estudio de las ciencias ocultas. Estos antecesores de las ciencias experimentales, persiguen muchas veces una quimera; pero, á la naturaleza no se la interroga en vano! El alquimista penetrará los primeros misterios de las combinaciones atómicas, y el astrólogo llegará al fin á comprender que la armonía de los movimientos siderales resulta de las leyes invariables que los rigen. Morirá el milagro y nacerá la ciencia.—Lo uno mata á lo otro.

Para dar más colorido á estos recuerdos del siglo XIII apenas necesito mencionáros los nombres de los frailes Raimundo Lulio y Rojerio Bacon que os son conocidos, el primero notable por sus descubrimientos en la química, el segundo, justamente célebre, no solo como físico, sino por su alta penetración, que lo hace entrever los progresos futuros de la ciencia, y profetizar los triunfos del vapor. Son astrólogos y alquimistas, marinos que navegan por mares desconocidos en busca del mundo nuevo de la ciencia.

En estos secretos se inició el Dante, y todos ellos sin escepcion, van al reflector prodigioso que se llama la *Divina Comedia*.

Ni las relaciones maravillosas de los viajeros precursores de Colón parece que lo fueron desconocidas, á juzgar por algunos pasajes de su poema, como aquél en que menciona las cuatro estrellas de la *Cruz del Sud* al salir de la ciudad doliente.

Esto no es todo. En su poema resuenan los ecos de las querellas escolásticas que llenaban el mundo en los días ya pasados del amante de Eloísa, y encienden sus mejores luces la *teología*, ciencia suprema y reina de aquella edad. En los dominios teológicos dos grandes doctores acaban de introducir orden y claridad hasta donde en tales dominios es posible, ó imprimen un nuevo rumbo

á las escuelas. Es el uno Buenaventura, apellidado el *doctor seráfico*; el otro, Tomás de Aquino, "el *bucy mudo de Sicilia*, cuyos mugidos conmovieron al mundo," según la predicción de su ilustre maestro. Ambos influyeron decididamente en el espíritu del Dante, quien, su igual en teología, les reserva los puestos más culminantes del cielo entre los elejidos de su imaginación, como veremos al examinar el poema.

Allí también da cabida á San Francisco de Asís, cuya vida traza con pinceladas maestras. Esta asociación dantesca de santos personajes, por una natural asociación de ideas nos trae á la memoria los servicios prestados por los franciscanos á la lengua italiana, que aquí referirémos. Aquellos frailes por extraño que parezca, abren en cierto modo los caminos del Dante.

Y en efecto, á la labor de los benedictinos, pacientes conservadores de los tesoros de la literatura antigua, aún no del todo entregada al comercio de los sabios de entonces, agregan la suya, nó ménos inconciente, los frailes reformados de la Orden de San Francisco. Salidos del pueblo, y aún de sus últimas lilas, hablan el lenguaje del pueblo. Abandonan la baja-latinidad de la iglesia: con la autoridad de su palabra dan al italiano vulgar un prestigio de que carecía, y así secundan á los poetas en esta obra nacional. No solo predicán en italiano, en italiano también componen himnos sagrados que ponen en música, y cantan acompañados de los fieles.

Revolucionarios sin saberlo, los franciscanos preparaban la fusión de los centenares de dialectos que se dividían la Italia y dificultaban por su muchedumbre el nacimiento de una literatura verdaderamente nacional.

Al Dante fué á quien cupo la gloria de dar unidad y extensión á la lengua materna, al mismo tiempo que creaba la epopeya más imponente de los siglos medios.

Mientras que en España, Portugal, Inglaterra y Francia, los poderosos señores y los reyes tienen á gala festejar las letras y estimular á los poetas con el ejemplo y con su munificencia, ¿qué acontecía en Italia?

En Italia se honraba el saber y el arte; los sacerdotes, los jurisconsultos y los poetas eran tenidos en grande estima. Los príncipes poderosos, con frecuencia se declaraban protectores de las letras, y su ejemplo se seguía en las cortes más reducidas. Federico II de Alemania, italiano de nacimiento, hizo cuanto pudo por encender el genio literario de su patria. Nápoles y Palermo llegaron

á ser los puntos de reunión de los trovadores franceses, catalanes é italianos, sobre todo Palermo, donde aquel príncipe aventurero se retiraba á descansar de sus correrías! Con frecuencia se rodeaba de sabios mahometanos, no obstante haber conducido á Palestina las banderas de la Cruz. Él mismo componía canciones en italiano, que hoy pasan por las más antiguas en aquella lengua; y á su ejemplo, también trovaban su canciller Pedro Desvignes y otros caballeros cortesanos. Entre éstos descollaban Mazao di Ricco, Arigo di Testa, Stefano y Guido, hombres ilustrados, poetas á lo provenzal, que dieron brillo y realce al dialecto siciliano en que componían. Y aún cuando en las principales ciudades de la Península se cultivaba la poesía con buen éxito y sin apartarse de los modelos y preceptos fijados por la *gaya ciencia*, el nombre de *siciliana* se hizo estensivo á toda aquella naciente literatura del género amoroso y galante, escasa de número y de naturalidad, pero que, apesar de sus frívolas apariencias, tiene el mérito de haber dado los primeros pasos hácia la fusión de los dialectos italianos. Eran éstos numerosísimos; y los poetas, tomando acaso de todos ellos, comenzaron á crear un lenguaje literario que se escribía y todos comprendían, aunque nadie lo hablara aún.

El Dante también tomó por modelo de sus canciones á los poetas limosinos, entre los que admiraba muy especialmente á Beltran de Born y á Arnaldo Daniel, por sus valientes serventesios á aquél, y á éste por sus *tensons d'amor*. Al mismo tiempo bebía en la fuente de las Musas latinas; estudiaba con preferencia á Virgilio, cuyas obras sabía de memoria, á Horacio, Ovidio y Lucano, con quienes se encuentra ántes de recorrer los círculos infernales, en un grupo á cuya cabeza coloca al viejo Homero, lo que parece indicar que lo conocía (1) mientras que del épico Estacio habla con elogio en otra parte del poema.

(1) Más tarde hemos encontrado algunas significativas palabras del Petrarca, referentes al conocimiento de Homero en Italia. Habla el poeta laureado del empeño que él ponía en desenterrar manuscritos de los clásicos antiguos, llevando sus investigaciones á las Galias, la Germania, la España y la Inglaterra, por intermedio de sus amigos y agentes, y dice: «Mandé aún á la Grecia, y cuando esperaba obtener á Ciceron, recibí á Homero, que ha sido traducido al latín bajo mi inspección». No era esta, por cierto, la primera versión al latín del gran épico, pues ya la *Odisea*, cerca de tres siglos ántes de la era cristiana, había sido puesta en rudos versos latinos por Livio Andrónico, el primero de aquella noble pléyade de esclavos literatos procedentes de la Magna Grecia, que helenizaron á Roma. Esto

Para colocarnos más de lleno en la época que pintó el Dante, he evocado algunos recuerdos históricos y literarios, y he enunciado uno que otro nombre célebre, esperando despertar en vuestra memoria todo aquello que en vida rodeó al poeta y ejerció influencia sobre sus divinas inspiraciones.

Hay todavía otros elementos que concurren á formar la concepción dantesca, y que merecen tomarse en cuenta. Nosotros apenas los tocarémos, no solo por haberlos examinado ántes, sino porque en lo sucesivo tendremos mejor oportunidad de hacerlo.

Así, por ejemplo, no nos detendremos á hacer nuevas consideraciones sobre aquel amor platónico, decididamente espiritual, hoy bien poco comprendido, y llevado á tan alto grado de exaltación por el poeta. Es un producto natural de la época en que el anhelo general consistía en despreciar las realidades del mundo por las cosas del cielo; en matar la carne para desprender el espíritu; en macerar hasta los huesos para salvar el alma; en reducir el cuerpo á cenizas para depurar la fé. De ahí el ideal amoroso á que algunos aspiraban en su beatitud, bien que en las costumbres semi-bárbaras de las sociedades feudales, semejante ideal era un verbo que rara vez encarnaba. La dama angélica de los ensueños solía pisar el lodo de la tierra.

Cuando, no ha mucho, nos deteníamos á poblar las hoy abandonadas salas góticas, sacando á la escena al abad y al baron, con su séquito de hombres de armas, escuderos, juglares y bufones, á la altiva castellana y sus damas y donceles, presentábamos al poeta como mediador entre los señores y los siervos, reducidos á la condición de larvas humanas, al poeta de todos festejado, volviendo al castillo con las golondrinas pasajeras, cuando recién comenzaban á abrir las flores primaverales.

Venía de las mansiones de abajo, y, junto con su laud, traía el dolor de los pequeños para ablandar el corazón de los grandes. Cuando al caer las primeras nieves, tornaba á los suyos, llevaba en el alma á veces un amor imposible, el amor á la hermosa castellana á quien su imaginación divinizaba.

Hemos visto el origen del amor platónico en el culto profesado á la mujer por los paladines y los poetas, y, después de haber evocado la memoria del trovador Guillen de Cabestaing y sus trágicos

hace presumir que el Dante ó leyó á Homero en griego, lo que es dudoso, ó solo lo conoció de oídas, y por los elogios que le prodigaban los autores latinos que él frecuentaba.

amores con Margarita de Rosellon, tendremos nueva oportunidad de penetrar en la curiosa situación social que enjendra el idealismo exaltado, cuando llegue su turno al Petrarca, rey de los trovadores, y el primer representante del lirismo moderno.

Debo todavía hacer presente que, si como expresión genuina del feudalismo, la literatura occidental produjo las ficciones caballerescas, en Italia, las divisiones políticas, la dominación misma de la Iglesia, y el espíritu comercial que desarrollaban las comunidades y gremios de artesanos, reemplazaron las formas feudales por nuevas formas é intereses. Esto explica por qué en los siglos XIII y XIV las ficciones caballerescas, tan en voga en otros países europeos, no encuentran cabida en la literatura italiana.

Por el contrario, desde los primeros ensayos, su poesía se inspira en el amor y se deja contaminar por la escolástica, mostrando una marcada tendencia á envolver en la alegoría un sentido telógico ó político, como si el poeta quisiera dotar de un alma las creaciones plásticas que presenta á la vista.

Si hemos hablado ántes de ahora, de los poemas caballerescos y de las circunstancias en que se produjeron, más tarde tendremos oportunidad de agregar algunas reflexiones cuando nos ocupemos de Aristo, y sobre todo de su antecesor Pulci, á quien veremos con la risa en los labios, arrojando los viejos paladines á la burla carnavalesca de los mercaderes de Florencia.

La poesía caballeresca, por las razones apuntadas, no ejerce ninguna influencia sobre la Italia del siglo XIII, ni sobre su gran poeta. Es de extrañar, sin embargo, que no se reflejen en el poema enciclopédico del Dante las escenas de las cruzadas, aquellas calaveradas en grande que removieron tan hondamente la Europa. Pero ya el desengaño había llegado de Palestina trayendo consigo muy marcadas consecuencias para la civilización, como lo veremos cuando llegue el momento de ocuparnos de la *Jerusalén libertada* del Tasso.

La política, las ciencias, las creencias, dominadas por el espíritu metafísico del siglo XIII, es lo que principalmente debe fijar nuestra atención por ahora, y á estos elementos externos que llegaban á condensarse sobre la elevada frente del Dante, agregaremos la llama íntima de las pasiones y afectos que rugo como en un horno encendido en el corazón del poeta.

Mas, para medir la influencia efectiva que el amor ejerce en su alma impresionable, y por tanto en sus creaciones, y para compren-

der el doble culto profesado á Beatriz y á Florencia, al ángel de sus sueños y al demonio de la ciudad natal, menester es que entremos de lleno en la vida del Dante; así como para darnos cuenta de la influencia que la teología escolástica ejerce en su ánimo, necesitamos analizar la Divina Comedia.

De estos puntos nos ocuparemos en las siguientes lecciones. Bástenos por ahora, haber delineado, aunque imperfectamente, el escenario donde el poeta ha desarrollado sus aterrantes cuadros y sus visiones de suprema beatitud, entre las cuales, él mismo, principal actor, marcha y acciona, como para llamarnos á la vida real.

\*  
\* \*

Antes de terminar por hoy, narraremos un episodio de aquella época.

Las miradas de los hombres de letras de entonces se dirijian á la Francia, la cual habia sabido anticiparse al movimiento del espíritu, que hemos procurado bosquejar. París llevaba el cetro literario, y recién inauguraba aquella universalidad de que hoy goza. La famosa Sorbona, no tardó en estender su nombradía por la Europa, y así es que todos los grandes nombres extranjeros están inscritos en sus registros. Alberto de Colonia, Santo Tomás de Aquino, Rojerio Bacon, llegan á París en busca de más saber y anhelosos de recibir allí la consagracion de su fama.

Aun cuando el latín es la lengua universitaria, los ilustres extranjeros comienzan á adoptar el francés. Brunetti Latino le dá la preferencia sobre las demás, porque, "*la parleur en est plus délectable et plus commune á toutes gens.*" Esto escribía el doctor italiano en 1266 al componer su *Tesoro*, cuando seguía en París los cursos célebres de dogmática y escolástica, profesados por dos de sus compatriotas.

Más tarde, allá por los años de 1304, entraba á París otro personaje, quien, andando el tiempo, debía alcanzar más alta fama que todos sus predecesores.

De estatura mediana, un tanto encorbado, la barba y los cabellos negros y crespos, la cara larga, la nariz aguileña, el labio inferior saliente y desdeñoso, vivo el ojo, profundo y penetrante, con aire malancólico y pensativo marchaba lentamente, la cabeza inclinada sobre el pecho. Es un poeta y un erudito; tan tierno como implacable; grave y satírico; apasionado, impetuoso, á la vez que reservado y reflexivo. Sobre su frente morena lleva escritas las amarguras del dolor y la radiante majestad del génio.

Sigámosle.

Los claustros siempre animados de la Universidad de París, agitábanse un dia de una manera inusitada. Desde la mañana se formaban corrillos, se trababan disputas, y las apuestas y los silojismos iban y venian, chocándose como espadas enemigas. Eclesiásticos y laicos, profesores y estudiantes, doctores y bachilleres, cuanto la ciudad encerraba de distinguido en las artes y las letras, concurrían á un acto literario, no desconocido en aquellos tiempos. ¿De qué se trataba? — Alguien se habia presentado á sostener una tesis *de quo libet*, es decir, sobre lo que se eligiera, y sin duda el mantenedor era digno de sus adversarios, cuando tal entusiasmo despertaba. El acto acaso tendria lugar en la gran sala de la Universidad, ó en la capilla, preferida muchas veces en semejantes ocasiones.

A la hora fijada, el mantenedor con aire noble y sencillez, atravesó la multitud y ocupó su puesto. "En la mitad del camino de la vida," aquel hombre, jóven aún para la empresa que acometía, era el extranjero que vimos entrar en París, dueño ahora de la admiracion y el respeto de cuantos le conocian.

Catorce campeones experimentados, doctos, hábiles en argüir, de renombre en las aulas, se presentaron á disputarle el triunfo. Cada uno formulaba su proposicion y la sostenia con todos los recursos de la ciencia y el brillo de su talento, Tocaron aquellos doctos varones las más escabrosas y variadas tesis.

El jóven extranjero les escuchaba atentamente, y, cuando llega su turno de hablar, reproduce uno á uno los argumentos de sus contrarios, y uno á uno los va pulverizando con asombrosa erudicion y maestria, entre los aplausos crecientes del auditorio, hasta obtener el triunfo más completo. Igual elocuencia no se conocia desde que la voz de Abelardo dejó de animar el Paraclito.

Tan árdua debió ser la empresa y tan ruidoso el triunfo, que, segun Boccacio, "ello fué tenido casi por un milagro."

El extranjero aquel, era Dante Alighieri.

El vencedor era el gran poeta, quien, en su apopeya inmortal á la sazón bastante adelantada, debía reproducir la ciencia, las creencias, las aspiraciones de una época informe y heterojénea, haciendo converjer hácia un foco único aquellos rayos dispersos y discordantes, venidos de todos los puntos del horizonte, y que, al chocarse en desorden producian la fantástica neblina poblada de espectros y vestiglos que se llama la edad-média.

Su voz grave y solemne respondiendo en nombre del cielo á las dudas y ansiedades de su tiempo, debió resonar en los corazones como un eco de la eternidad. El Dante mide la tierra y escala el cielo, abarca el pasado y penetra en el porvenir, imprecia y bendice, juzga y condena, es historiador y es profeta, es sacerdote y juez, y hierofante que inicia en los misterios de ultra-tumba. Si en su espejo sombrío se refleja el infierno, también en él se reproducen dos figuras inmortales que se dan la mano; el pagano Virjilio y la mística Beatriz, el espectro poético del pasado y la vision amorosa del porvenir.

En presencia del épico florentino, mil interrogaciones se agolpan al espíritu, la frente se inclina, el corazón se commueve, y el labio pronto á bendecir, no se atreve á murmurar, aquel, *mira y pasa!* arrojado por el poeta al grupo de los insignificantes.

## Sicología.—El Ejercicio

POR DU-BOIS-REYMOND

En la Asociación de médicos militares Alemanes, el Dr. Du-Bois-Reymond ha desarrollado este tema con acopio de datos y vistas nuevas que creemos conveniente dar á conocer á los lectores de los "Anales" en un extracto.

Después de una pequeña introducción histórica y de establecer en seguida que sin la teoría Darwiniana, cualquiera que sea el sistema que se adopte, no nos podemos hacer inteligible el mundo, agrega que la inteligencia mecánica sola, constituye el saber, que allí donde empieza el sobrenaturalismo cesa la ciencia. Lo mismo que el jurista proclama el derecho, sin preocuparse en sus razonamientos, de la equidad y de las circunstancias atenuantes, de la misma manera el hombre de ciencias piensa mecánicamente, sin preocuparse de las creencias que el tiempo ha santificado; conciliar aquellos razonamientos, con estas creencias, no cabe en su esfera.

La teoría de la creaciones repetidas de Cuvier, con sus cataclismos repetidos, no es sostenible, desde que Lyell demostró que la geología no la necesita para explicar los fenómenos que estudia, y Darwin añadió que las especies se transforman. Como consecuencia, no se podía ya atribuir á la omnipotencia creadora más que el único acto de haber formado su primer germen de vida en la naturaleza hasta entonces inanimada. Pero entonces, no es más simple y digno para esta omnipotencia el pensar que ha creado inmediatamente la materia con el poder de producir por sí misma la vida en circunstancias dadas, sin nueva ayuda?

Esta era la opinión de Leibnitz, lo que equivale á decir, que ni aún el espíritu mas circunspecto tiene necesidad de retroceder ante ella. El deber de la ciencia está en demostrar de qué manera lo inorgánico produjo la vida, y de qué modo puramente mecánico; desde este primer grado de vida salió la naturaleza orgánica actual.

Pasa en seguida á relatar una serie de hechos fisiológicos, que

por su mucha estension no podemos transcribir aquí, pero que en sustancia se dirige á poner en claro, que la gimnasia no debe tender al desarrollo del sistema muscular exclusivamente, sino tambien y mas especialmente al de la inteligencia y al de las células grises del sistema nervioso central y que precisamente con la gimnasia alemana, más que con ninguna otra se obtiene este resultado, y termina así:

Creo, señores, haber justificado la asercion emitida al principio de este discurso, segun la cual, el ejercicio merece un lugar al orden del dia de la ciencia; es inútil añadir que estoy lejísimos de pretender que he contribuido notablemente á la elucidacion de la cuestion. Solo sí creo, que he determinado el papel filogénético del ejercicio y las pruebas requeridas para la solucion de las dificultades de una manera más precisa que no lo han hecho hasta hoy las diferentes exposiciones de la teoría de Darwin.

En el anchuroso campo que Darwin abrió á las investigaciones científicas despues del desmoronamiento de la doctrina zoológica paleontológica y que para llegar á ser fecundo exigirá el trabajo de numerosas generaciones, hemos indicado un punto al cual es necesario dirigir sin dilacion *la pioche*. Pero para pasar á otro orden de ideas, lo que se ha dicho podrá, desde ahora, dar una base sólida para formar un juicio sobre algunas cuestiones prácticas concerniendo el ejercicio.

Todo el mundo está de acuerdo sobre la importancia de los ejercicios del cuerpo para la sociedad civilizada moderna. Desde la época en que cesaron los torneos de la edad media, en los cuales una ínfima minoría solamente tomaba parte, los ejercicios corporales cayeron más y más en desuso. Por su *Emilio*, Juan Jacobo Rousseau dió impulso á un movimiento que se propagó rápidamente, sobre todo en Alemania, y que desenvuelto por las aspiraciones nacionales y guerreras durante la guerra de la independencia, dió nacimiento á la gimnástica alemana.

Durante medio siglo, nos entregamos á ejercicios corporales bajo esta forma, hasta que se empezaron á presentar dudas sobre su conformidad al objeto deseado.

A la gimnástica alemana se opuso una forma teórica del ejercicio corporal; la gimnástica sueca, cuya idea fundamental estriba en que es necesario limitar los ejercicios á movimientos, variados, es cierto, pero lo más simples posibles. Estos movimientos ejecutados en contra de ciertas resistencias, debían fortificar metódicamente

cada músculo en particular y hacer alcanzar el ideal de una musculatura atlética.

Además se ha combatido la gimnástica alemana, colocándose en otro punto de vista. La nacion europea que ocupa el primer rango por los ejercicios del cuerpo y que ha atribuido una importancia considerable á la destreza corporal, los ingleses, no han conocido nada análogo á la gimnástica alemana. Separados más que nunca del continente durante la revolucion francesa y durante el período del imperio, quedaron casi estraños al movimiento comenzado por Rousseau. Las aspiraciones de Jahrr, que tenían un cierto sabor de *chauvinisme* aleman, no podían entrar en este país. Pero los ingleses no sentían tanto la necesidad de la gimnástica como las naciones del continente. Gracias á la vida campestre de las clases ricas y á la educacion comun de los jóvenes en establecimientos públicos, se había introducido en ellos un gran número de luchas y juegos nacionales, las carreras de caballos, regatas, diversos juegos de pelota, que por la variedad de movimientos que exigen son un excelente ejercicio para el cuerpo: los ascensionistas ingleses que últimamente escalaron el Chimborazo, son una prueba de ello. La pasión con que en la mayor parte de la Gran Bretaña se verifican las luchas anuales de oxfordianos de color azul intenso y los cambridgianos de azul claro, puede ser comparado solamente al entusiasmo de los griegos por sus juegos nacionales; escita la juventud á los mayores esfuerzos.

Aquí tenemos el otro extremo. El pueblo práctico *wal ézoven* desdeña nuestros ejercicios corporales por demasiado teóricos á su juicio. En otro tiempo, al ménos cuando un inglés preguntaba cual era nuestro *sport* y buscamos el medio de darle una idea de nuestra gimnástica no comprendía nada absolutamente.

Si con el conocimiento que actualmente tenemos sobre la esencia de los ejercicios corporales, juzgamos las tres formas de estos ejercicios, la gimnástica alemana, la sueca y el *sport* inglés, inmediatamente notamos el poco valor de la segunda en cuanto al desenvolvimiento corporal de una juventud sana. Hemos hallado que el ejercicio del cuerpo no era solo, como los observadores superficiales lo creen sin razon, un ejercicio de los músculos, pero que era tanto y mas todavía, un ejercicio de la sustancia gris del sistema nervioso central. Este solo dato es la condenacion, bajo el punto de vista fisiológico, de la gimnástica sueca; la cual puede fortificar los músculos pero no puede facilitar los movimientos compuestos.

Hasta podemos suponer el caso de una educación corporal que diera á los músculos aislados de un Garpar Hauser una fuerza gigantesca sin que la víctima de semejante experiencia pudiese ni siquiera caminar. La gimnástica sueca, no es buena, sino como medio terapéutico para conservar ó restablecer la actividad de ciertos grupos musculares (porque pocos son los músculos que con nuestro deseo podemos contraer aisladamente.)

En cuanto al valor relativo de la gimnástica alemana y del *sport* inglés, éste corresponde ciertamente, bajo cierto punto de vista, mejor que aquél, á las exigencias que resultan de nuestro análisis fisiológico. Si el fin supremo fuera de hacer corredores hábiles, saltadores, remadores, patinadores, lo mejor fuera seguramente, imprimir desde luego en las acciones de las células ganglionares, los encadenamientos necesarios sin detenerse á los grados preliminares ó intermediarios de la gimnástica alemana que no tienen ninguna aplicación práctica.

Pero la gimnástica alemana no solo ofrece la posibilidad de dar á un número ilimitado de discípulos de toda edad y condición, la ocasión de ejercerse, empleando un pequeño número de aparatos é independientemente de condiciones exteriores que á veces es imposible llenar. No solo tiene la ventaja moral de un esfuerzo que se propone el perfeccionamiento de uno mismo como un fin ideal, sin ninguna utilidad inmediata, lo que á nuestros ojos constituye la superioridad de la educación intelectual á la que se atiende en los gimnasios alemanes. Pero la elección inteligente de los ejercicios alemanes, confirmada y corregida por la experiencia, conduce además, de una manera incontestable á una conformidad mayor en el desenvolvimiento del cuerpo que la que se podría esperar, si el individuo obedeciendo á sus inclinaciones determinadas por una circunstancia cualquiera, se dedicase, como en Inglaterra, según su capricho y con un ardor dictado por la ambición, sea al ejercicio del remo y de la equitación, sea á la pelota ó á las ascensiones de montañas. El joven ejercitado á la manera alemana posee la gran ventaja de tener formas de movimientos adaptadas á cada posición del cuerpo, lo mismo que el matemático que ha recibido una instrucción sólida, está provisto de métodos para cada problema. Supongamos, por ejemplo, que un joven alemán y otro inglés llegan á un paraje guardado de obstáculos ante una empalizada. El inglés hallará ciertamente un medio cualquiera de franquearlo: según la altura del obstáculo, el alemán pondrá en acción ciertos artifi-

cios á los que ha sido iniciado de antemano y por esto ganará probablemente al inglés. Nada, por otra parte, fuerza al gimnasta alemán, á dejar los ejercicios teóricos y prácticos de una utilidad inmediata. Como ha aprendido á aprender, adquirirá pronto la destreza que sus disposiciones naturales le permiten alcanzar; y así se nos dice que el discípulo del gimnasio iguala muy pronto en el laboratorio al discípulo de los cursos profesionales.

Según esto, no hay duda que la gimnástica alemana, con su mezcla de teoría y práctica presenta la más feliz solución, y hasta añadiré, la solución definitiva del problema tan importante que desde Rousseau preocupa la pedagogía. Esta es, por otra parte, una verdad que después de haber sido desconocida por tan largo tiempo, es conocida hoy por todo el mundo, pero de la cual, pocas personas comprenden todavía los fundamentos fisiológicos.

Por otra parte, hago observar que no he hablado de lo que se llama ejercicios de orden, como haciendo parte de la gimnástica alemana.

Se le dá demasiada importancia á título de preparación á los ejercicios militares; son el espediente de los malos profesores de gimnástica y deberían á mi juicio, ser relegados en las escuelas infantiles á la manera de Froebel.

Desde la célebre experiencia hecha por Milon de Crotona, con un pequeño ternero, no se ha verificado progreso alguno en el conocimiento de las leyes del ejercicio. Sin embargo debemos al creador de la psicofísica, el principio de las investigaciones que es posible hacer sobre este punto. Todos los días, durante dos meses, el Sr. Fechner, con los brazos extendidos agarraba con sus manos dos *dumb-bells* de 9 libras y 1½, los levantaba sobre su cabeza siguiendo el movimiento de un segundero de reloj, los bajaba y subía sucesivamente así, hasta que se fatigaba. La curva cuyas ordenadas indicaban cuantas veces el Sr. Fechner levantaba cada día su peso, es muy instructiva bajo dos puntos de vista.

Desde luego, el ejercicio no parecía al principio producir ningún fruto, pero después, se manifestó el resultado súbitamente; sin embargo un límite extremo fué pronto alcanzado. Volkmann experimentó el mismo efecto en el ejercicio de los sentidos. En segundo lugar, la curva de ejercicio del Sr. Fechner no sube de una manera constante sino en forma de sierra, porque unas veces la fatiga, otras los progresos obtenidos por el ejercicio dominaban. Estas experiencias pueden ser útiles á los instructores de reclutas.

## Apuntes sobre algunos organismos inferiores

POR J. ARECHAVALETA

(Continuación, véase el número anterior)

Para hacer resaltar mejor los rasgos que distinguen al habitante de los bañados de Carrasco que describimos en el número anterior de los Anales, conviene compararlo con sus congéneres los *Bathybius*, *Protamoeba*, *Protozenes* etc.

BATHYBIUS HACKELI Lam. III, fig. 1.<sup>a</sup> A pesar de su humilde estructura, este organismo es célebre ya en el mundo de las ciencias por las controversias á que ha dado origen entre los naturalistas. Adoptado por unos, rechazado por otros, ha pasado por tantas peripecias, que merecen ser narradas aquí aunque muy brevemente.

Hallado por primera vez en 1857 en las exploraciones del fondo del Océano para la colocación del Cable trasatlántico; mezclado con el barro gris que cubre la vasta llanura submarina situada entre la Irlanda y la Tierra Nueva, sólo fué estudiado en 1868 por Huxley en muestras conservadas en alcohol.

Hacia la misma época fué recogido en los sondajes del Porcupine á profundidades de cerca de 14,000 piés en el golfo de Gascoña, y observado vivo por los señores W. Carpenter y Wyville Thomson. Este último lo figuró en su obra *The Depths of the Sea*, y lo describe así: "En el légamo (barro fino conteniendo Globigerinas, estraido de una profundidad de 2435 brazas ó sea de 14,000 piés, en el golfo de Gascoña), como en la mayor parte de otras muestras de légamo sacadas del lecho del Océano Atlántico, se constataba una cantidad considerable de sustancia blanda, gelatinosa, orgánica, que le daba una cierta viscosidad; si se agita este légamo con alcohol, se depositan coágulos muy finos bajo el aspecto de materia mucosa y coagulable. Colocado en una gota de agua salada y observado con el microscopio, su naturaleza viscosa se hace evidente; y al cabo de poco tiempo se ve que se ha ordenado en forma de red regular con contornos perfectamente

regulares que se pierden en el agua; viéndose, además, de que manera esta masa viscosa modifica poco á poco sus contornos, y cómo los gránulos y otros cuerpos extraños que contiene cambian de posición. Esta sustancia gelatinosa, es susceptible, pues, de cierto grado de movimientos, no cabiendo la menor duda que manifiestan los fenómenos de una forma de la vida muy simples y rudimentarios."

Los partidarios de la evolución se apoderaron con entusiasmo de este descubrimiento y se figuraron que el fondo de los mares estaba tapizado por esta masa protoplasmática, nacida por simples combinaciones químicas.

Al revés, los adversarios de los evolucionistas, trataron por todos los medios imaginables de negar la existencia del *Bathybius* llegando hasta decir que era un simple precipitado de sulfato de cal (Gipso gelatinoso) originado por el alcohol.

En el Congreso científico de Hamburgo en 1876, Mœbuis reprodujo esta experiencia ante un auditorio selecto y numeroso, y con ella dieron por muerto y enterrado al célebre *Bathybius*.

Sin embargo, nada, como lo dice muy bien Hæckel, es ménos concluyente que la experiencia de Mœbuis. Por que el alcohol motive en el agua salada un precipitado de yeso gelatinoso, no se tiene el derecho de asegurar que la materia viscosa observada por Huxley, W. Thomson, Carpenter y por él mismo, no sea de naturaleza albuminoidea, cuando ofrece todos sus caracteres químicos.

Mas el viento de la desgracia parece que soplabá para el *Bathybius*. No habiéndolo hallado el Challenger en los numerosos sondajes que con este objeto hizo en su importante viaje de investigación, su propio padre, Huxley, le abandonó.

Nadie se acordaba ya de él, cuando un naturalista alemán, el Sr. Bessels, en el curso de la última expedición americana al polo Norte, le descubrió de nuevo en el estrecho de Smith, á 92 brazas de profundidad. Hé aquí cómo se expresa este naturalista: "Descubrí, dice, grandes masas de protoplasma homogéneo libre y no diferenciado, sin partículas ni trazas de cocolitos. La sencillez verdaderamente esparciata de este organismo, que pude observar vivo, hizo que le diese el nombre de *Protobathybius*. Estas masas estaban pura y simplemente constituidas por protoplasma al que se habían mezclado accidentalmente algunos de esos corpúsculos calcáreos de que está formado el lecho del mar. De una naturaleza sumamente viscosa, dichas masas afectaban la forma de red de ma-

llas anchas y ejecutaban movimientos amiboideos, absorbían partículas de carmin y otros cuerpos extraños y presentaban corrientes granulosas.\* (1)

Este descubrimiento confirma de tal manera las observaciones de Thomson y Carpenter, que sería de mala gracia y hasta impertinente negar la existencia de esas masas protoplasmáticas en el fondo del océano, y pretender destruirlas con esperiencias tan poco serias como las de Mœbuis.

Pero aún cuando así no fuera, ahí están los Protamoebas, Protogenes y Helobius, cuya existencia nadie puede negar, que presentan los fenómenos más sencillos de la vida; que nos demuestran con la mayor evidencia que dicha vida apareció antes que la forma. ¿Y qué son, en definitiva, esos organismos, sinó Protobathybius ó Bathybius microscópicos?

Siendo innegable, pues, la existencia del Bathybius, se trata de averiguar de qué manera se reproduce. ¿Está todavía sujeto á divisiones accidentales, ó ha adquirido la facultad de dividirse espontáneamente? Si consideramos las proporciones verdaderamente colosales que esas masas deben tener, es más verosímil, y por lo mismo, más fácil de admitir lo primero que lo segundo. En efecto, debemos suponer que la fragmentacion accidental debe verificarse frecuentemente, ya originada por otros seres que se arrastran sobre los fondos ó nadan en esas profundidades, por los mil objetos que continuamente deben caer al fondo del mar, etc. Confesemos, sin embargo, que nada se sabe á este respecto, ni se sabrá probablemente por las dificultades verdaderamente insuperables que ofrece esta investigacion.

PROTAMOEBIA PRIMITIVA, *Haeck*. La forma del protamoeba, Lam. III, fig. 2, 3 y 4 á pesar de su aparente homogeneidad y de su aspecto cambiante, es sin duda más elevada que la del Bathybius. En primer lugar, tiene un volumen definido que no puede ultrapasar; y en segundo, la propiedad de dividirse espontáneamente en dos partes iguales.

Habiendo descrito anteriormente y de un modo general la manera de nutrirse que tienen estos organismos rudimentarios, nos limitamos á señalar su método de reproduccion, figurado en la lámina III que acompaña este trabajo.

PROTOGENES PRIMORDIALIS, *Haeck*. Lam. III, fig. 5. Es otra forma tan sencilla como las dos anteriores distinguiéndose por la propiedad de emitir pseudopodios filiformes mucosos en vez de ser gruesos

os y lobulados como en el Protamoeba. La multiplicacion se efectua por un procedimiento semejante al del *primitiva*, recogiendo previamente sus pseudopodios.

Esta especie fué descubierta por Haeckel en Villafranca, cerca de Niza, el año 1864, quien imaginando fuera la primera forma viva aparecida sobre la Tierra, la bautizó con el nombre de *Protogenes primordialis*.

Como se puede ver por esta ligera descripcion que acabamos de hacer de las especies más rudimentarias conocidas hasta hoy, el Helobius Oterii, por la sencillez de su organizacion y la homogeneidad de su masa, es sin duda un verdadero Moneriano, y se distingue de sus parientes el Protamoeba y el Protogenes, sobre todo porque no ha adquirido aún la propiedad de dividirse espontáneamente, en lo cual, y sólo en ello, se parecería al Bathybius si fuera cierta, como lo suponemos, la division accidental de este último.

Á nuestro juicio, pues, el *Helobius Oterii* debe ocupar el primer peldaño de la escala zoológica ascendente y figurar al lado del Protobathybius ó del Bathybius.

CLASIFICACION DE LOS MONERIANOS. — Unos monerianos emiten pseudopodios poco numerosos y redondeados; los otros, al contrario, muy numerosos y filiformes; de aquí que se los puede dividir en dos grupos: *Lobomonerianos* y *Rhizomonerianos*.

Los Lobomonerianos comprenden dos géneros: el protamoeba y el Bathybius, aunque éste último afecte la forma de una red. El género Protamoeba comprende varias especies halladas en el viejo mundo, que existen tambien entre nosotros (1).

Los Rhizomonerianos, ó sea monerianos de pseudopodios filiformes, comprenden varios géneros: *Protogenes*, *Myxodictium*, *Protomyxa*, *Protomonas*, *Vampyrella* y *Myxastrum*. Los cuatro últimos se proveen de una envoltura antes de la division; los otros nó.

Si nos atenemos solo á la forma de los pseudopodios, el Helobius estaría mejor en este grupo que en el primero; pero no así si tomamos como carácter su género de multiplicacion, pues entonces debiera figurar en el primero, en una division que comprendiese las formas rudimentarias que no han adquirido la propiedad de divi-

(1) Es sabido que las especies inferiores ocupan regiones geográficas mucho más extensas que las superiores. Moneras, Rhizopodios y una multitud de otras especies unicelulares del viejo mundo y hasta del Japon, se encuentran en los alrededores de Montevideo. El *protamoeba primitiva* existe en las aguas del Plata; el *P. polypodia* en las aguas dulces de estanques, arroyos y bañados y es muy probable que se hallen además las otras especies conocidas del mismo género.

(1) Bessels, in *Jeneische Zeitschr.*, 1875, p. 277.

dirse espontáneamente. De esta manera el Helobius y Bathybius figurarían juntos y representarían las formas más rudimentarias de la vida hasta hoy conocidas; mientras que si adoptásemos la forma de los pseudopodios como fundamento de ordenación sistemática, tendríamos que separarlos y romper de ese modo los lazos genealógicos que tanto los acercan y que tan íntimamente los unen.

Si se admite nuestra manera de ver, el grupo de los monerianos, con una pequeña modificación, quedaría constituido así:

#### MONERIANOS

Cuerpo protoplasmático, sin membrana y sin núcleo, capaz de emitir pseudopodios cortos, redondeados ó puntiagudos, ó largos y filiformes. Multiplicación accidental ó espontánea.

##### I. LOBOMONERIANOS

Cuerpo protoplasmático, sin núcleo, pseudopodios relativamente cortos y redondeados ó puntiagudos (Helobius).

a. Multiplicación accidental: *Helobius*, *Arck*, *Bathybius*, *Huxley*. Hasta hoy no se ha descubierto más que una sola especie de cada uno de estos géneros.

b. Multiplicación espontánea por bipartición. *Protomaba*, *Hack*. Este es el género más rico en especies.

##### II. RHIZOMONERIANOS

Cuerpo protoplasmático, sin núcleo, pseudopodios relativamente largos, filiformes.

a. Multiplicación espontánea por bipartición, sin previo reposo ni formación de envoltura. *Protogenes*, *Hack*, *Mixiodictium*, *Hack*.

b. Multiplicación espontánea por bipartición, con previo reposo y formación de envoltura. *Protomyxa*, *Hack*, *Protomonas*, *Hack*, *Uampyrella*, *Cienk*, *Myxastrum*, *Hack*.

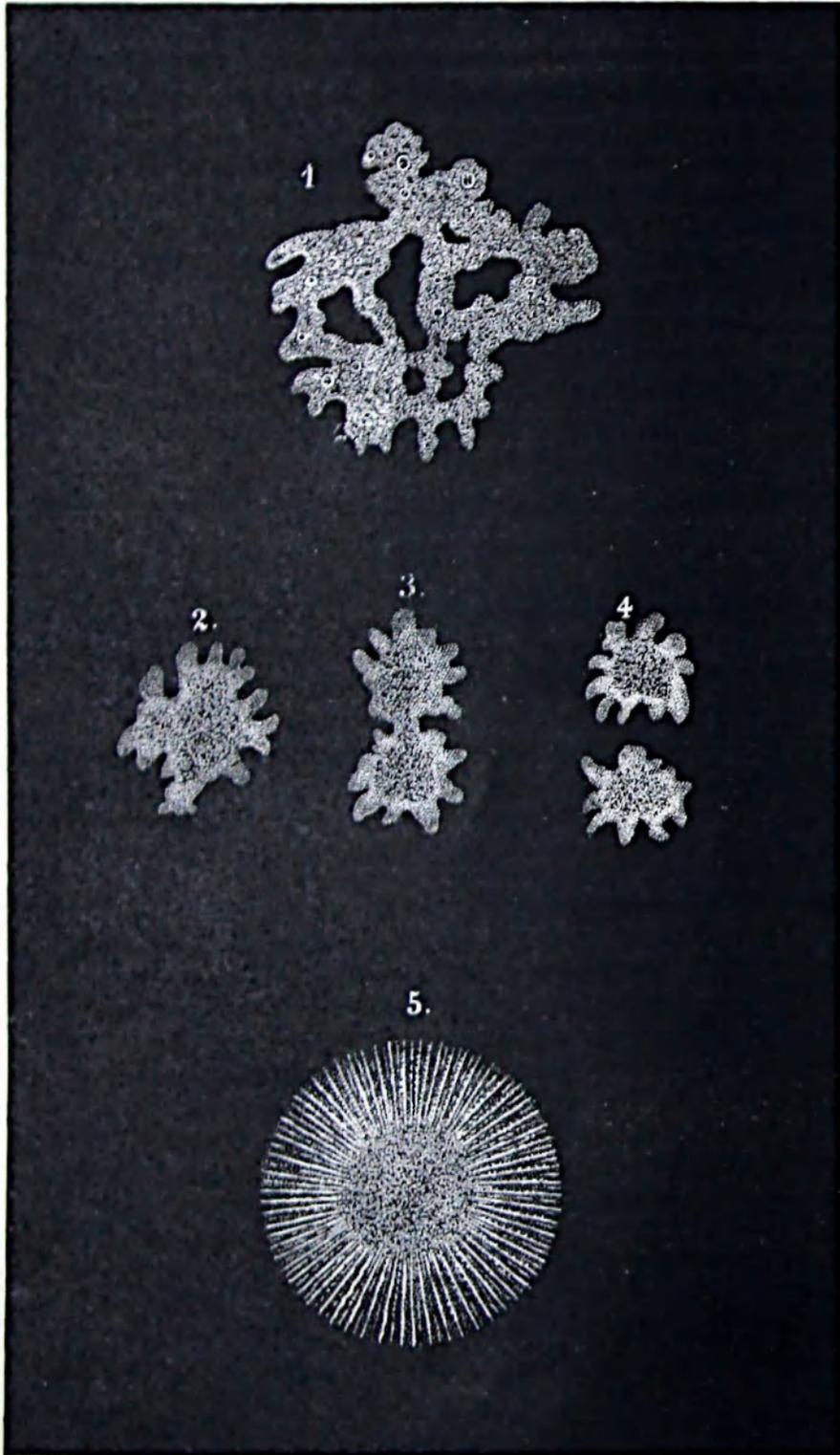
De estos géneros no se conocen tampoco hasta hoy más que una sola especie.

Por la propiedad que tienen estos cuatro últimos de proveerse de una membrana antes de la bipartición, el señor Haeckel los llamó *Lepomonerianos* y *Gimmonerianos* á los dos anteriores.

---

Desde el instante que en las profundidades de la vida se organizaron los primeros seres, una nueva faz se abrió para la fenomenalidad en lo inorgánico. El estado semillúido, la inestabilidad de esta nueva combinación de elementos, fué el punto inicial de una serie de transformaciones.

Desde la monera hasta el hombre, existen una infinidad de for-



1 *Bathybius Haeckelii*, 2, 3 y 4 *Protamoeba primitiva*, 5. *Protogenes primordialis*.

LIT. A. GODEL Y CA

mas variadas al infinito, sucedidas en el tiempo inconmensurable trascurrido desde entónces.

Si como es nuestro deseo, seguimos este imperfecto trabajo, veremos cómo los monerianos, desnudos al nacer, se visten más tarde con una capa, cuya forma y estructura elegante varian de mil maneras, y despues forman el núcleo, constituyéndose así en verdaderas células y pasan á ser *Amœbianos*.

#### EXPLICACION DE LAS FIGURAS

##### LÁMINA TERCERA

Fig. 1.—*Bathybius Haeckelii*, Huxley.

Fig. 2, 3 y 4.—*Protamoeba primitiva*, Hæck.

2. En estado adulto.

3. En principio de division.

4. Dividido.

Fig. 5.—*Protogenes primordialis*, Hæck.

## Las bellezas de la lengua italiana

DISCURSO LEIDO EN LA TERTULIA LITERARIO MUSICAL DADA POR EL  
ATENE0 DEL URUGUAY EL 20 DE SETIEMBRE DE 1882

POR DON C. F. SCOTTI

Señores, señoras y señoritas,

¡En esa hora tranquila, en que el día va desapareciendo junto con el Astro mayor del Universo, mi triste pensamiento voló muchas veces hasta las playas hermosas de mi tierra nativa! Desde aquel *Giardino d' Europa* les saludaba con el corazón; desde la tierra que me concedió la felicidad de abrazar á padres tan inmensamente amados; desde aquellas majestuosas y eternas ciudades, y finalmente desde los salones adonde hallé el nutrimento primo de mi inteligencia, y en que mi corazón empezó á amar verdaderamente—yo puedo saludarte; ¡oh hermosa tierra! y saludar contigo á tus hijos, á mis hermanos, á tus bellas mujeres, á tu progreso, á tu gloria.

Si me presento á vosotros, lo hago, señores, para satisfacer á un ardiente deseo de espresar todos mis afectos, todos mis sentimientos—y lo hago con mayor satisfaccion, pues tengo el honor de estar acompañado por jóvenes que honran la naciente literatura de este país y por un ilustre amigo, que en las letras Italianas llámase *Leopoldo Marengo*.

En esta ocasion, permitidme la frase, tengo dos pátrias; ámbas me piden un homenaje de amor y de respeto: yo les dedico un tema que por pátria tiene el mundo — las bellezas de una lengua reconocidas en cantos inmortales y en las obras del génio, que al mundo pertenecen.

Hablo á vosotros como á hermanos, quienes, á la par conmigo siguiéndola carrera difícil de la vida, desean ingresar en el templo de lo bello y de lo bueno: pues aquí, ó estrañamente me engaño, ó estoy respirando una atmósfera impregnada de amistad y simpatía.

Fáltame solamente dirigir una palabra especial á las hermosas niñas que me rodean — estoy por hablar de una lengua que Carlos V llamó del amor; mi prosa será un sincero canto á la poesía — la muger representa aquí amor y poesía: tengo, pues, la seguridad, que, habiéndomelos recomendado, por lo ménos tendré en mis manos mitad de un triunfo.

En breve el ilustre *Marengo* os hará evidentes las bellezas del idioma Italiano, como lenguaje de amor, en el canto inmortal de *Dante*, cuyo argumento es la patética historia de *Francesca da Rimini*. En ese canto, como en la tragedia del prisionero de Spielberg, hállase una verdadera apoteosis del amor, aunque bajo diferente significado.

*Amor che á cor gentil ratto s'apprende.....*

*Amor che a nullo amato amar perdona.....*

constituye uno de los principales caractéres de la lengua Italiana; sin ser por esto débil, pues los nobles afectos no debilitan ni envilecen, desde que el amor ha sido elevado al grado de virtud.

De manera que un escritor americano pudo exclamar un día: “parece imposible que haya quien crea que es una lengua desprovista de energía. Nutrióla *Dante* en las aguas en que navega *Caronte*, y templóla en el fuego del Infierno, para expresar el dolor de los condenados, el choque de las cadenas que no se funden, el mugido de los vientos de la eternidad.” En este sentido el amor ha contribuido talvez á la grandeza de la *Divina Comedia*, ha inspirado los sublimes sonetos de *Petrarca* y de otros grandes poetas de aquella península.

La inspiracion perpétua del poeta Florentino fué el amor, y el ideal formado en aquella mente pasó por grandes transformaciones, sin ejemplo en la historia, y que solo para *Dante* eran posibles.

De estas transformaciones surgieron el *Canzoniere*, la *Vita Nuova*, la *Divina Comedia*, por cuyas obras el poeta se dedicó á perfeccionar la humanidad, y en modo especial su patria.

Amó *Petrarca* y en amando creó sus inmortales sonetos, dejando el más sublime ejemplar de poesía lírica en Italia.

Tenemos, Señores, las páginas de *Torcuato Tasso* en su *Jerusalem*, las de *Boccaccio* en sus novelas, las de *Ariosto* en su *Orlando Furioso*, de *Macchiavelli* en sus historias, de *Chiabrera* en sus líricas, de *Alfieri* en sus tragedias, de *Foscolo* y *Pindemonte* en sus cantos, de *Leopardi*, el triste y solitario poeta, el cantor del

*Passero Solitario* y de la *Cinestrá*, y finalmente las páginas de *Alejandro Manzoni* quien, con su novela *I promessi Sposi*, narrando la más sencilla y poética historia de amor, hizo conmover á todos los corazones, creando la verdadera escuela romántica en Italia.

Demasiado extenso sería en mi trabajo, si quisiese citar todos los pasajes que os pueden demostrar, de viva voz, las bellezas de esa lengua — no solo en el sentido que hasta ahora hé tomado en consideración, sino también bajo todo respeto y en todas sus propiedades.

Cuando ansiaba hallar verdad en el arte descriptivo — se me ha presentado el retrato que de *Dante* hace *Boccaccio*; el de *Cósimo de Medici* hecho por *Macchiavelli*; la descripción que *Bartoli* hace de la flor; las estrofas con que *Manzoni* presenta los ejércitos enemigos en campo de batalla, ofreciendo las singulares circunstancias en el orden en que suceden, se oyen y se ven.

Pedía una verdadera pintura de la naturaleza — y entonces *Pozziano* me describía la caza; *Tasso* el Jardín de *Armida*, *Dante* las puertas del Infierno y el

*dolce color d'oriental zaffiro.*

Busqué nuevas armonías — y, como ya *Virgilio* había expresado el trote de un caballo en el célebre verso: *Quadrupedante putrem sonitu quotis singula camptum*, *Tasso* imitaba el sonido de la trompa —

*Chiama gli abitator dell' ombra eterna  
il rauco suon della tartarea tromba;*

*Parini* imitaba el grito del animal más doméstico —

*. . . . . aita, aita,  
parea dicesse, e dalle arcate volte  
a lei l' impietosita eco rispose.*

Pedí nuevos conceptos, sonidos nuevos, y hallé que “ ásperos ó “ suaves, mites ó fuertes, plácidos ó concitados, dulces ó resentidos, “ corresponderán siempre á la naturaleza de las pasiones. Las ideas “ de altura, de profundidad, de estension, de tranquilidad, de movimiento, de silencio, de oscuridad, de inmovilidad, de privación; la serenidad del cielo, la velocidad del relámpago, la tranquilidad del mar, las dulzuras del sueño, el refrigerio de las som-

bras, la morbidez de las flores, la eternidad, el infinito “ todo es representado en el verso, en la prosa, como un reflejo verdadero de la naturaleza.

No hay duda alguna, que, para comprender un idioma es preciso conocerlo; — sin embargo entre el *Castellano* y el *Italiano* existe relación tan íntima de semejanza y de fraternidad, no solo en las palabras, sino también en la frase, que al comprender las respectivas bellezas se hace más fácil, que entre cualquier otro idioma, ya pertenezca al ramo itálico, ya al germánico, ya á los demás en que la ciencia reparte las lenguas vivas y muertas.

De aquí la razón, por la cual hoy en día se han hecho tan frecuentes las traducciones de una á otra de esas dos lenguas, en estas Repúblicas del Plata.

Y, á pesar de las grandes dificultades en que puede tropezar un traductor queriendo reproducir el concepto estético de una literatura extranjera, hemos podido ó podremos en breve conocer en los dos idiomas las páginas aplaudidas de los escritores Argentinos y Uruguayos; los escritos de *Figueroa*, de *Juan Carlos Gomez*, de *Magariños Cerrantes*, de los *Berro*, de los *Fajardo*, de los *Varela*, de *Zorrilla*, de *Ramirez*, de *Odicini* y *Sagra* repercutirán en los oídos y en el corazón de Uruguayos ó Italianos; — las páginas de *Echevarria*, *Mármol*, *Varela*, *Chassaing*, *Ensiña*, *Andrade*, *Gutierrez*, *Mitre*, *Avellaneda*, *Sarmiento*, *Guido* y *Spano*, *Mendez* á los oídos y al corazón de Italianos y Argentinos; — pues, si hay poesía no importa la copa que la contiene, escribe justamente un ilustre conciudadano.

Y no será lejana la hora en que se puedan repetir doquiera con las armonías de la lengua italiana las notas del Himno Oriental y nos sea dado esclamar:

*Orientali, la patria ó la tomba,  
Lebertade ó con gloria morir:  
Questo é il voto che l' alma pronunzia  
E che forti sapremo cumplir.*

Montevideo, 25 Setiembre 1882

## Apariencia y realidad

POR P. X.

Eres, Fidelia, prenda adorada,  
Dulce y hermosa, pura y gentil  
Como el reflejo de la alborada  
De oro y de nácar del mes de Abril.

Es tu mirada dulce y serena;  
Son tus luceros focos de amor,  
Y es tu sonrisa, de encantos llena,  
Como el celaje de una ilusión.

Tu áureo cabello, fino y undoso,  
Tu faz de amores ornar se vé,  
Y brilla suelto, bajando airoso,  
Cual si buscara tu lindo pié.

Tu blando pecho, grato palpita,  
Como impulsado por el amor,  
Como la nube que el viento agita  
Y espande el rayo de ardiente sol.

En tu conjunto, puro y radioso,  
Gracia y dulzura brillan al par,  
Y revelando va, esplendoroso,  
Que solo puedes, Fidelia, amar.

Pero, ¡cuál mienten los esplendores  
Que á espina en flores pueden cambiar!  
Porque en tu pecho solo hay rigores,  
Y, en vez de amores, hielo polar!

Montevideo, Octubre de 1882.

## ¿Fué mentira ó verdad?

POR E. VARGAS.

En mis horas de insomnio y de tristeza  
¡Cuántas veces mi vida, pienso en tí!  
Y cuántas, cuántas me pregunto inquieto:  
¿Se acordará de mí?

Anoche oí una voz tan cariñosa  
Como el canto del tierno *urutaú*,  
Que tremante me dijo en el oído:  
“¿Se acuerda como tú!”

Me hicieron tan feliz esas palabras  
Que aún no sé si fué sueño ó realidad...  
Dime mi bien: ¿lo que la voz me dijo,  
Es mentira ó verdad?

Montevideo 1882.

---

## SUELTOS

---

EL DR. FRIAS

Insertamos con gusto las observaciones que nos remite el distinguido magistrado doctor Ernesto Frias respecto de la nota bibliográfica aparecida en el número anterior de los *Anales*, y en la cual dábamos cuenta de su libro titulado: *Índice del Código de Procedimiento Civil*.

En aquella nota formulábamos un breve juicio sobre la obra, y por vía de ejemplo, hacíamos referencia á algun defecto en la distribución de sus materias.

El autor procura defender su *Índice* en el artículo siguiente, que damos sin comentarios para que los lectores fallen el punto de la disidencia, ilustrados con las esplicaciones del Dr. Frias, á quien cedemos la ventaja de la última palabra.

Hé aquí el artículo:

### DOS PALABRAS SOBRE EL ÍNDICE DEL CÓDIGO DE PROCEDIMIENTO CIVIL

El ilustrado Dr. Melian Lafinur en el n.º 14 de "Los Anales del Ateneo del Uruguay" hace algunas observaciones al Índice del Código de Procedimiento Civil, las que recién han llegado á mi conocimiento, felicitándome de ellas, porque me han dado márgen para hacer algunas esplicaciones que no me parecía propio insertar en el pequeño libro.

Acompaño al Dr. Melian Lafinur en su justa crítica al decir que en el libro de que se ocupa no he conseguido el objeto que me propuso: agrega además que su método no es uniforme, ni seguro, ni conveniente, sin embargo que modestamente opino, que su método no hubiera sido tan malo si hubiera tenido tiempo para completar el trabajo, y esta falta de complemento en la obra está esplicada en una nota que lleva la misma en su primera página que dice: "El haberse hecho este índice sin intencion de publicarse y el escaso tiempo de que se ha dispuesto para su corrección son las causas que han impedido el que aparezca dicha obra con todo el esmero que requiero"; se vé por esta nota, que la obra no llenaba

mis deseos. Hecha con el objeto de estudiar detenidamente el Código cuando aún practicaba el procedimiento, fuéme imposible completarla y corregirla esmeradamente, cuando recargado de tareas que absorven mi tiempo me fué pedida para publicarse, y si lo consentí, fué porque pensé que aún así mismo, podría ser de alguna utilidad, en lo que pude tal vez no haberme equivocado.

La observacion concreta que se hace de no haberse incluido algunos títulos de los que figuran en el Código de Procedimiento como por ejemplo: la informacion *ad perpetuam*, juicios de alimementos etc. tiene su esplicacion, si se observa que el fin de la obra no era verdaderamente hacer un Índice completo del Código, puesto que ya lo tenía; sinó coordinar y reunir todos los artículos aislados que pudieran tener relacion con algun título y se encontraran diseminados en él: la informacion *ad perpetuam*, la declaratoria de pobreza, los concursos, las sucesiones etc. no necesitaban figurar en ese índice especial, por que se encuentra reunido en el Código, bajo sus títulos respectivos, todo lo que á ellos se refiere, y no conceptué útil incluirlos por que no era necesario un índice nuevo y separado para encontrarlas con facilidad; evitando de esta manera que el Índice fuera mayor que la obra.

Sirvan estas breves esplicaciones, no como una defensa de la modesta obrita, sinó como una guía para facilitar su uso, y una disculpa, por sus imperfecciones, que tiene su principal origen, en no haber querido privar á mis compañeros de tareas de un trabajo de muchas horas, que podrían tal vez utilizar.

E. F.

### RAPIDEZ DE LA TRASMISION NERVIOSA EN EL HOMBRE (DURACION DE UN ACTO CEREBRAL Y DE UN ACTO REFLEJO, RAPIDEZ SENSITIVA, RAPIDEZ MOTRIZ).

Tomamos de la *Revue Philosophique* los siguientes datos respecto á los recientes estudios del Dr. Alberto René, jefe de los trabajos fisiológicos de la Facultad de Medicina de Nancy:

Uno de los resultados á los cuales ha llegado el Dr. René es lo siguiente: el tiempo que transcurre entre el momento de la excitacion y el de la reaccion motriz, disminuye á medida que la intensidad de la excitacion aumenta; en otros términos, la rapidez de la trasmision sensitiva aumenta con la intensidad de la excitacion. Con-

viene notar que el hábito no modifica casi nada ese hecho, y que el ejercicio no contribuye casi á aumentar la rapidez de la excitacion. ¿De que depende esas diferencias en el tiempo, segun la fuerza de la excitacion? ¿Provendrán, acaso, de la intensidad misma? ¿O dependerán de diferencias en la reaccion cerebral psíquica, más bien que de cambios en la trasmision nerviosa? Se ha encontrado que el término de tiempo que tarda en producirse la reaccion es de 21, 2/100 de segundo. Esta cifra representa, pues, con respecto á una excitacion media, el tiempo necesario para percibir una excitacion sensitiva, más el tiempo empleado en querer, en transmitir y efectuar un movimiento.

De estas séries de actos nerviosos, el autor ha eliminado en seguida el trabajo cerebral propiamente dicho, el trabajo necesario para producir una volicion. Ha tratado, por consiguiente, de producir un movimiento enteramente *reflejo*. Operando sobre los mismos individuos que en las esperiencias anteriores, ha encontrado (série de 150 esperiencias) que la duracion de ese movimiento es de 16 centésimos de segundo. Luego ha calculado la duracion del acto cerebral.

Pero faltaba conocer y medir la rapidez de la trasmision motriz — Con respecto de ésta, se observa un fenómeno distinto del método á propósito de la rapidez sensitiva; en general cuando la excitacion aumenta mucho, la rapidez disminuye.

Hé aquí, acerca de estos diferentes puntos las principales conclusiones del Dr. René;

*La intensidad de la excitacion hace variar la rapidez de la trasmision nerviosa.* — Es necesario, pues, al dar una cifra de rapidez nerviosa, tener en cuenta la intensidad de la excitacion, con ayuda de la cual se ha medido esa rapidez.

Con estas reservas tenemos:

1.º Que la accion de un *acto cerebral elemental* puede ser avaluado, término medio, en 3, 2% ó 3, 5% de segundo. — Esta duracion no se aplica sino á estudiantes ó doctores en medicina. En los alumnos adolescentes de la escuela primaria la duracion para el mismo acto cerebral es más larga, 7, 5 á 9 5% de segundo. La duracion de un *acto reflejo* (es decir, el tiempo necesario para recorrer un arco reflejo entero, excitacion sensitiva de un índice y movimiento reflejo del mismo índice) para la misma excitacion es de 15 á 16 centésimos de segundo.

2.º La rapidez de la trasmision sensitiva ha sido medida por dos

procedimientos. Primer *procedimiento*, excitaciones auditivas: es el más exacto y el único realmente aceptable. Segundo procedimiento: consiste en medir la rapidez sensitiva por las diferencias del tiempo empleado en recorrer longitudes diferentes de nervios. Este procedimiento no es exacto, porque no es posible comparar entre sí los diferentes nervios y asimilarlos para medir la rapidez sensitiva. En efecto: á veces el trayecto más largo es recorrido más pronto que otro trayecto nervioso más corto, y aún en los casos en que esto no sucede, las cifras obtenidas son siempre muy variables. Conviene notar que la posibilidad de establecer una comparacion entre las excitaciones de los nervios de diferentes regiones no dependen de diferencias de sensibilidad: muchas de las regiones estudiadas presentaban un minimum de separacion *estesiométrique*. ¿No habrá en ellos sino causas puramente individuales? Sea de ello lo que fuere, lo que puede establecerse es que no hay cifra absoluta y constante de la rapidez de la trasmision nerviosa.

Si, con todo, se quiere formular una cifra obtenida por ese procedimiento de longitudes diferentes de nervios, convendría, como más exacto para su excitacion media, la cifra de 18 ó 19 metros por segundo.

3.º Con las mismas reservas y para la misma excitacion la rapidez de la trasmision motriz debe reputarse igual á 20 metros por segundo.

El Dr. René ha completado su trabajo con algunas esperiencias sobre personas atacadas de enfermedades nerviosas, esperiencias cuyos resultados confirman lo que acabamos de señalar.

Los escasos conocimientos científicos que aún se tienen de la vida natural en las apartadas é incultas regiones de la "Tierra de Fuego", nos mueve á publicar la siguiente carta, escrita por uno de los últimos exploradores europeos que han visitado aquellos parajes, y donde los lectores de Los ANALES encontrarán varios datos de importancia ilustrativa acerca de la Flora fueguina.

He aquí la carta:

Sr. D. José Archavaleta.

Muy señor mio:

Buenos Aires, Octubre 23 de 1882.

Me dispensará si hasta ahora no le he escrito; el arreglo de las colecciones y el cumplimiento de todas las reglas del bendito con-

vencionalismo social, me han ocupado de tal modo, que no pude tampoco mandarle un saludo.

En el tiempo que la *Cabo de Hornos* estuvo en Montevideo, no pude bajar á tierra á causa que por la mala vida del viaje se me habían formado llagas en las piernas, que además se habían hinchado, haciéndome sufrir bastante.

Espero que Vd. gozará de buena salud, yo por mi parte al presente no me puedo quejar; vuelvo contento, ya sea por haber salvado el pellejo del naufragio, como Vd. sabrá; ya sea por haber traído colecciones bastante buenas é interesantes. No hay gran cosa por aquellas regiones; 150 fanerogamas, 10 helechos, 2 lycopodiáceas, 200 musgos, 200 hepáticas, 300 hongos, 100 líquenes y 50 ó 60 algas, constituyen mi colección de la Tierra del Fuego é islas cercanas. Poseo además unas 400 otras especies representantes de la Flora, Patagonia austral.

No puedo sin embargo decir de haber hecho todo, porque el viaje á vela me hizo perder muchísimo tiempo, así que de 9 meses que duró mi escursión, no pude aprovechar más que 4 de ellos; en segundo lugar la estación no era la más favorable, y este inconveniente se nota también en mis colecciones, en donde muchos ejemplares se encuentran sin órganos característicos de la clasificación.

La colección más importante la hice en la isla de los Estados, que tiene igual flora á la vecina Tierra de Fuego; la colección de la Tierra de Fuego la he perdido por completo, ménos los libros de notas donde tengo las descripciones *in vivo peractæ* de las plantas que no había observado en la isla de los Estados. Después del naufragio, no pudiendo más ocuparme que muy poco de botánica, faltó de todo recurso, me dediqué á la filología, aprendiendo pronto, bastante la lengua de aquellos indios, y tengo intención de publicar una pequeña gramática.

Fácilmente el próximo Agosto saldré de nuevo para la Tierra del Fuego, en una expedición mía particular, para visitar todo su interior y completar el cuadro de su flora; por eso estoy trabajando constantemente para concluir pronto la determinación de todos los materiales traídos, que publicaré, espero en Abril, bajo el título de *Tentamen flore fuegionæ*.

Tengo también para Vd. algo, y cualquier familia que Vd. desee, la pide no más, que yo se la enviaré en seguida; espero también que Vd. no se habrá olvidado de mí en este tiempo, y que algún hongo y alguna otra caracea estarán esperando.

No le detengo más, y esperando recibir pronto sus nuevas, concluyo por esta vez, teniendo el gusto de declararme todo á su disposición.

*Dr. Carlos Pegassini.*

---